



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA UNIDAD XOCHIMILCO

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA

MÓDULO: SOCIOLOGÍA Y SOCIEDAD

CLAVE: 3240009

TRIMESTRE: 25-I

TRABAJO TERMINAL PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA

ASESORA:

ARACELI MONDRAGÓN GONZÁLEZ

**DECONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA EN LAS
DINÁMICAS DE “LIGUE” EN LA CIUDAD DE MÉXICO: UNA ANÁLISIS DESDE
LA TEORÍA DEL GÉNERO Y LA HISTORIA SOCIAL (1950-2024)**

DE LA CRUZ GARCÍA XIMENA GUADALUPE

2203052904

Ciudad de México, Abril 2025

Agradecimiento

Pareciera que este trabajo lo realice sola, pero jamás estuve sola. Este trabajo no sería lo que es sin la compañía, a veces ruidosa, a veces silenciosa de quienes caminaron conmigo durante este largo, intenso y transformador trayecto.

A mi familia, gracias por ser el colchón en el que puedo caer cuando la vida (o mis ideas) se traban. Por sostenerme en la crisis, celebrar en mis logros y nunca decir “ya merito acabas”, aunque sabían que no.

A mis amistades, cómplices de desvelos, mensajes existenciales por WhatsApp y que me ofrecieron memes, miches, abrazos y palabras justas en momentos duros. Gracias por escucharme divagar sobre masculinidades, ligues y teorías de género como si fuera lo más normal del mundo (que ya lo es, ¿no?)

A mis compañeros y compañeras de trabajo, por no juzgarme por mis ojeras, por su paciencia infinita cada vez que conteste con monosílabos porque tenía “la cabeza en mi proyecto”. Por cubrirme, por animarme, por hacerme sentir que no era solo una estudiante, sino una adulta funcional en proceso.

A mi asesora, Araceli Mondragón, por confiar en mí incluso cuando ni yo entendí lo que estaba escribiendo. Por hacerme preguntas que me hicieron crecer y por su mirada crítica y generosa que guió este trabajo con firmeza y cuidado.

Y en especial, a Diego. Por estar, por creer en mí y por recordarme, cada vez que lo necesitaba, que sí se puede. Tu amistad ha sido un faro cuando todo parecía nebuloso. Gracias por acompañarme con amor, con humor y con esa sabiduría que siempre me asombra.

Ahora bien, este trabajo no sólo nació de bibliografías, téis y correcciones. También nació de encuentros, desencuentros, “ligues” extraños, silencios incómodos y miradas que decían “quiero hablar, pero no sé cómo”. Agradecer a todos los hombres que se han cruzado en mi vida, sí, a todos, a los que intentaron amor con torpeza, a los que no sabían cómo hablar de lo que sentían y también a los que, sin querer, me mostraron el peso que cargan solo por haber nacido hombres.

Porque fue en ustedes, en sus miedos, en sus silencios, en sus ganas de hacer bien las cosas sin saber como, donde encontré la motivación más profunda para escribir este proyecto. Ustedes me enseñaron que la masculinidad también duele, que aprieta, que aísla. Que muchos quieren cambiar, pero no saben por dónde empezar.

Este proyecto no es un juicio, es una invitación, es una carta a esos hombres que se atreven a cuestionar, que intentan sentir sin pedir permiso y que están buscando formas más libres de habitarse. Que están, poco a poco, saliendo de esa caja que les vendieron como hombría.

Gracias por mostrarme que el cambio, ya está en marcha. Y que hablar de nuevas masculinidades no es solo una moda, sino una urgencia humana.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1: Construcción Histórica de la Masculinidad Hegemónica en el “Ligue” en la Ciudad de México.	8
1.1 El modelo tradicional de masculinidad en el “ligue” (1950-1980).	9
1.2 Transformaciones y cuestionamiento a la masculinidad hegemónica en el “ligue” (1980-2024).	12
1.3 Hacia Nuevas Masculinidades: reconstruyendo el “ligue” en clave de equidad.	17
Capítulo 2: Deconstrucción de la Masculinidad Hegemónica en los Espacios de “Ligue” Contemporáneo en la Ciudad de México.	23
2.1 La Masculinidad en Crisis: resistencias y reacciones ante el cambio	23
2.2 Hacia Nuevas Masculinidades en el “Ligue”: propuestas y desafíos	28
Capítulo 3: La Masculinidad en el “Ligue” a Través de la Música Popular Mexicana	37
3.1 Masculinidades en transformaciones: del “cortejo” al consentimiento (1980-2018)	38
3.2 La persistencia del machismo en el “ligue” (1986-2014)	44
Conclusión	51
Bibliografía	59

Introducción

La presente investigación tiene como eje la construcción histórica de la masculinidad hegemónica en las dinámicas del “ligue” en la Ciudad de México. Se emplea el término “ligue” en lugar de “cortejo” para referirse a las interacciones de encuentro y coqueteo, con el fin de reflejar las transformaciones contemporáneas en las relaciones de género.

En la cultura mexicana de mediados del siglo XX, bajo roles de género rígidos, el hombre asumió el papel activo en el cortejo mientras la mujer quedaba relegada a un rol pasivo, concebida como objeto de deseo. Dentro de esta estructura patriarcal que perpetúan estereotipos de género y relaciones poco equitativas. Estas normas tradicionales reproducen un ideal de masculinidad que legitimaba la dominación masculina y la subordinación femenina.

En contraste, el término “ligue” ofrece una perspectiva más actual y aparentemente neutral, desprovista de las connotaciones jerárquicas del cortejo clásico. Así, se abre espacio a interacciones románticas con mayor diversidad y fluidez, en sintonía con los cambios sociales y con las voces feministas que desde finales del siglo XX han desafiado las nociones convencionales de género. No obstante, incluso bajo la fachada moderna del “ligue”, persiste frecuentemente un trasfondo de masculinidad hegemónica tradicional.

El problema central radica precisamente en esa persistencia del ideal masculino dominante en la cultura (la masculinidad hegemónica), que sigue moldeando las prácticas de “ligue”, con repercusiones en la equidad de género dentro de las relaciones, este modelo no solo perpetúa la inequidad que afecta a las mujeres, sino que también limita a los propios hombres dentro de rígidas expectativas de comportamiento. Por ello, resulta necesario deconstruir críticamente dicho modelo hegemónico para promover relaciones sexoafectivas equitativas, libres y auténticas.

Este planteamiento del problema orienta la presente investigación, que indaga cómo se ha configurado históricamente esta masculinidad dominante en el “ligue” cómo se ha ido transformando desde una perspectiva sociológica de género. El periodo estudiado abarca desde 1950 a 2024, años en los que la Ciudad de México experimentó profundos cambios socioculturales que reconfiguraron parcialmente las dinámicas, aunque muchos rasgos del modelo masculino tradicional perduraron.

Durante décadas de los años 50 y 60, la vida social capitalina se regía por normas conservadoras, el cortejo ocurría bajo estricta supervisión familiar y con miras al matrimonio. Se esperaba que el hombre “llevara la batuta”, indicando la interacción, tomando decisiones y demostrando solvencia económica y emocional. A las mujeres se les imponía modestia, recato y la aceptación pasiva de la iniciativa masculina.

Sin embargo, a partir de las décadas de los años 70 y 80 comenzaron cambios significativos. La irrupción de movimientos feministas, nacionales e internacionales, cuestionaron abiertamente los roles tradicionales. La creciente incorporación de las mujeres a la educación superior y al trabajo remunerado amplió sus márgenes de autonomía, acompañada por una lenta pero constante apertura de mentalidades acompañó la modernización. Aunque el modelo machista seguía arraigado, emergieron discursos alternativos sobre las formas de relacionarse.

Hacia los años 90 y principios de los 2000, los cambios en las dinámicas de género se hicieron más evidentes. La noción de “nuevas masculinidades” entró en el discurso público, impulsadas por académicos, activistas e incluso políticas emergentes que invitaban a los varones a reflexionar sobre sus privilegios y las implicaciones del machismo. En la Ciudad de México, comenzaron a percibirse interacciones de “ligue” más equitativas, especialmente entre la juventud urbana sensibilizada con los temas de género.

Estos avances han coexistido, no obstante, con la persistencia o de hábitos y creencias machistas. En pleno año 2024, actitudes muy progresistas conviven en algunos sectores sociales con prácticas heredadas desde hace medio siglo. Un ejemplo es el acoso callejero, antes vistas por algunos hombres como una forma normal de “ligar”, piropos subidos de tono e insistencia no deseada, prácticas que actualmente son condenadas públicamente debido la creciente sensibilización sobre la violencia de género.

Estas tensiones caracterizan el escenario actual. Los hombres enfrentan el reto de reconfigurar su identidad masculina en un entorno donde ya no se toleran comportamientos antes legitimados, y donde se espera una participación más respetuosa y consciente de ambos géneros en las interacciones del “ligue”. Es por ello que la Ciudad de México ofrece un caso significativo para observar la evolución de la masculinidad hegemónica, desde su dominio casi incuestionado a mediados del siglo XX, pasando por décadas de desafíos y resignificaciones, hasta los actuales debates sobre su transformación.

Frente a este panorama, la pregunta que guía este estudio es, ¿Cómo se ha configurado la masculinidad hegemónica en las dinámicas de “ligue” en la Ciudad de México entre 1950 a 2024, y qué aportaciones ofrecen la teoría de género y la historia social para su deconstrucción? Esta interrogante abarca dos dimensiones complementarias. Por un lado, incita a analizar las condiciones históricas y culturales que le dieron forma a ese modelo dominante de masculinidad, y por otro, pretende identificar los contextos que permiten cuestionar y desmontar dicho modelo.

Para dar respuesta a esta pregunta de investigación, el estudio se plantea un objetivo general: analizar críticamente la construcción histórica de la masculinidad hegemónica en las dinámicas del “ligue” en la Ciudad de México. En consecuencia, los objetivos específicos abarcan, primero, examinar las principales teorías sociológicas y de género sobre la masculinidad hegemónica; para comprender los

procesos históricos que moldearon las normas de género y las prácticas de “ligue” desde 1950 hasta 2024, identificando continuidades y rupturas, por último, analizar los discursos y enfoques contemporáneos que desafían la masculinidad hegemónica actual en el “ligue”, evaluando de qué manera estas perspectivas contribuyen a su deconstrucción y a la promoción de modelos alternativos de masculinidad.

En cuanto al enfoque metodológico, el estudio es de carácter cualitativo y se apoya en el análisis documental crítico de diversas fuentes. Dada la naturaleza histórica y teórica del objeto de estudio, se recurrió al trabajo documental, realizando una amplia revisión bibliográfica, hemerográfica y lírica. En primer término, se examinaron las aportaciones de autores clave de los estudios de género y masculinidades que brinda sustento conceptual a la investigación, entre ellos destacan R. W. Connell, cuyas nociones “masculinidad hegemónica” resultan centrales; Judith Butler, con el concepto de “performatividad de género”, y Bell Hooks, con su crítica al patriarcado y su llamado a “transformar la masculinidad”.

Asimismo, se analizaron expresiones de la cultura popular mediante letras de las canciones que retratan el cortejo o el “ligue” en cada periodo, entendiendo que esos productos culturales reflejan los imaginarios colectivos sobre los roles masculino y femenino en las relaciones sexoafectivas.

Para comprender los conceptos que contribuyen a la deconstrucción masculina se profundiza en las propuestas teóricas de R. W. Connell, Judith Butler y de Bell Hooks.

En primer lugar, se aborda la noción de masculinidad hegemónica propuesta por R. W. Connell, quien ofrece un marco estructural para entender la jerarquía de género. Connell define la masculinidad hegemónica como “la configuración de una práctica de género que encarna la respuesta comúnmente aceptada al problema de la legitimación del patriarcado y, que garantiza la posición dominante de los hombres

y la subordinación de las mujeres” (Connell, 2005). Este concepto subraya que en cada contexto histórico existe un ideal dominante de ser hombre que legitima al poder masculino en la sociedad.

No todo los varones encarnan plenamente ese ideal, pero sí se establece como la referencia cultural que subordina a otras masculinidades y refuerza la superioridad masculina. En el caso mexicano, por ejemplo, dicho ideal se reflejaba en el tradicional machismo, el hombre debía mostrarse fuerte, proveedor, agresivo y emocionalmente contenido para afirmar su “hombría” en el cortejo. Precisamente, este mandato hegemónico moldeó durante décadas las dinámicas del “ligue”, él varón toma la iniciativa y conserva el control, normalizando relaciones inequitativas de género. La perspectiva de Connell permite identificar cómo ese modelo dominante de masculinidades se fue construyendo y naturalizando históricamente en las prácticas de “ligue”, legitimando la posición de poder de los hombres tanto frente a las mujeres como frente a otros hombres.

En segundo lugar, la teoría de la performatividad de género de Judith Butler brinda una visión constructivista que complementa el análisis. Butler plantea que el género no es una esencia, sino un acto reiterativo, una serie de prácticas sociales mediante las cuales se produce la apariencia de una identidad de género estable. En sus palabras, “no existe una identidad de género detrás de las expresiones de género; esa identidad se construye performativamente por las mismas expresiones que, al parecer, son resultados de ésta”. (Butler, 2007).

Esto significa que “ser hombres” es actuar siguiendo ciertas normas socialmente instituidas, más que la manifestación de una naturaleza interior inmutable. Aplicado al tema del “ligue”, este enfoque sugiere que los varones aprenden a representar un rol masculino específico (iniciador, dominante) en sus interacciones sexoafectivas, reiterando gestos y conductas que los identifican como “hombres de verdad”. Por ejemplo, actos como pagar la cuenta, tomar la iniciativa sexual o esconder la vulnerabilidad emocional no son expresiones espontáneas de una masculinidad

innata, sino *performances* guiadas por expectativas culturales. La performatividad implica además que dichas normas pueden resignificar o revertirse si los sujetos modifican sus actos reiterados, lo que eventualmente puede desestabilizar las características de género.

Finalmente, las reflexiones de Bell Hooks sobre las nuevas masculinidades introducen una crítica ética y emocional al modelo tradicional. Desde una perspectiva feminista, Hooks examina cómo el patriarcado no solo oprime a las mujeres, sino que también lesiona a los propios hombres al imponerles una ideal masculino violento e insensible. La autora afirma que “el patriarcado demanda de los hombres que se conviertan en minusválidos emocionales, y así queden” (Hooks, 2004).

Desde la infancia, a los hombres se les socializa para reprimir sus emociones y negar cualquier rasgo de vulnerabilidad, comparando la hombría con la dureza. Expresar miedo, tristeza o afecto tierno es castigado porque se considera “poco masculino”, lo que genera hombres desconectados emocionalmente. En el contexto del “ligue”, este fenómeno se tradujo históricamente en interacciones marcadas por la insensibilidad masculina, por ejemplo, la normalización del acoso o la falta de empatía hacia los sentimientos de la pareja.

Hooks aboga por una transformación profunda de la masculinidad, propone que los hombres “salgan de la caja” del patriarcado (Hooks, 2004) y abracen valores como la empatía, la ternura y la equidad sin temor a perder su identidad masculina. Esta propuesta supone construir formas más humanas y libres de ser hombre, donde la capacidad de amor y la vulnerabilidad sean vistas como parte esencial de una identidad masculina plena.

En conjunto, estos tres marcos conceptuales enriquecen el enfoque de la investigación al aportar herramientas teóricas complementarias para el análisis histórico crítico de la masculinidad en las dinámicas del “ligue”. Al articular estas

visiones, el estudio puede abordar de forma más integral la construcción histórica de la masculinidad hegemónica, rastreando sus continuidades y transformaciones entre 1950 y 2024, examinando cómo los debates contemporáneos sobre género contribuyen a deconstruir los mandatos tradicionales para dar lugar a nuevas formas de ser hombres en la Ciudad de México.

Capítulo 1: Construcción histórica de la masculinidad hegemónica en el cortejo en la Ciudad de México

La construcción de la masculinidad hegemónica en las dinámicas del cortejo¹ ha experimentado importantes transformaciones en la Ciudad de México durante las últimas décadas. Entendemos por masculinidad hegemónica aquel modelo dominante de ser hombre que goza de mayor legitimidad social y definido históricamente los comportamientos esperados de los varones, imponiéndose como norma frente a otras formas de masculinidad.

Según R. W. Connell (1987), la masculinidad hegemónica es aquella que se acepta socialmente sin necesidad de usar la fuerza bruta (aunque ésta puede aplicarse) para mantener la “dominación”. Este concepto subraya que los hombres construyen su identidad en oposición de un “otro” subordinado (mujeres u otros hombres feminizados) y que dicho ideal varía según el contexto histórico y geográfico.

En el caso mexicano, la masculinidad hegemónica tradicional se ha asociado estrechamente con el machismo, entendiendo como un sistema de valores patriarcales que exalta la autoridad del hombre, la heteronormatividad (la suposición de la heterosexualidad como norma) y la rígida división rígida de roles de género.

Este capítulo analiza la configuración histórica de dicha masculinidad dominante en el contexto del cortejo en la Ciudad de México entre los años 1950 y 2024. Se aborda primero el modelo tradicional de masculinidad en el cortejo de mediados del siglo XX, para posteriormente explorar las transformaciones ocurridas desde los años 1980 hasta la actualidad, bajo la influencia de cambios socioculturales y perspectivas teóricas contemporáneas.

¹ *El cortejo puede entenderse como un proceso de interacción social mediante el cual los individuos buscan establecer vínculos afectivos y sexuales, influenciados por normas culturales, estructuras de poder y dinámicas sociales (Bourdieu, 1998; Giddens, 1992; Goffman, 1959).*

La combinación de fuentes históricas y teorías de género ofrece una comprensión amplia de cómo el ideal masculino en las dinámicas de “ligue” se ha mantenido, cuestionado y reformulado a lo largo del tiempo.

1.1 El modelo tradicional de masculinidad en el cortejo (1950 – 1980)

En las décadas de 1950 y 1960, la vida social en la Ciudad de México estuvo marcada por normas de cortejo muy tradicionales y patriarcales. Predominaba un modelo de cortejo formal orientado al matrimonio, donde el hombre desempeñaba el papel activo de cortejar y la mujer el rol pasivo de ser cortejada, bajo la estricta supervisión social y familiar. Estudios históricos señalan que en la primera mitad del siglo XX mexicano, el ideal del amor romántico² estaba vinculado con una rígida división sexual de espacios y expectativas, “a las mujeres se les reservaba el ámbito del hogar y la pureza sexual, mientras que a los hombres se les otorgaba mayor libertad en la esfera pública (Esteinou R, 2016).

Las leyes posrevolucionarias reconocieron cierta libertad de elección de cónyuge, debilitando la injerencia paterna en el emparejamiento. Sin embargo, reafirmaron la inequidad de roles dentro del matrimonio, “el Código Civil de 1917 en México exigía al hombre ser proveedor económico y a la mujer encargarse del hombre y los hijos” (Esteinou R, 2016). Por lo tanto, aunque los jóvenes podían elegir pareja por amor, debían reproducir un esquema donde el varón era fuerte, activo y dirigente, y la mujer recatada, dependiente y virtuosa.

Este periodo estuvo dominado por una fuerte moral conservadora y la religiosidad católica, que imponían límites estrictos a la intimidad prematrimonial. Como señala Esteinou R. (2016), durante la primera mitad del siglo XX “la débil presencia del

² *El amor romántico estaba fuertemente vinculado con las normas tradicionales de género y la institución del matrimonio. Goffman (1959) enfatiza que las interacciones románticas estaban estructuradas por normas de presentación del yo, donde la mujer debía proyectar pureza y recato, mientras que el hombre asumía el rol de proveedor. En este sentido, el amor romántico en México en los años 50 no solo era una emoción personal, sino una construcción social que reforzaba la estructura patriarcal y las dinámicas de poder de la época.*

erotismo en la vida sexual” de los novios era la norma, privilegiando la pureza femenina y postergando el encuentro sexual para el matrimonio. El “amor romántico” se entendía como un pacto idealizado de futuro, con una fuerte carga mística y poca sexualidad explícita.

En la práctica del cortejo, esto implicaba interacciones altamente ritualizadas. Los hombres podían dar serenata o cortejar en espacios públicos (parques, alamedas, salones de bailes) pero siempre “con decoro”, las mujeres debían mostrarse modestamente interesadas, sin expresar deseo abiertamente. Era mal visto que una mujer tomara la iniciativa en el coqueteo o que aceptara citas a solas sin la supervisión de un chaperón.³

La prensa y los consejos de revistas de la época reforzaban estos comportamientos con discursos normativos. Rocha (1996), documenta cómo, entre 1940 y 1960 proliferaban manuales de conducta en revistas femeninas que enfatizaban la diferenciación sexual y la virtud femenina. Ante cualquier tentativa de mayor equidad en la relación de cortejo, la sociedad reaccionaba con rechazo. Durante el Porfiriato, algunas voces femeninas habían reclamado relaciones más igualitarias, pero estas fueron silenciadas. Rocha (1996) menciona cómo, en los años 40, surgió un discurso tradicionalista que insistía en que la liberación femenina era un error y que la mujer debía encontrar su realización en el hogar bajo la protección masculina.

Dentro de este modelo tradicional, ser un “verdadero hombre” implicaba demostrar fuerza, decisión y heterosexualidad normativa. La masculinidad se definía en oposición a lo femenino. Fonseca Hernández (2005) señala que el hombre debía demostrar que no era un bebé, una mujer o un homosexual, reflejando las tres

³ *El término chaperón, en el contexto mexicano, ha funcionado históricamente como un mecanismo de control social sobre las relaciones románticas, particularmente en la regulación de la autonomía femenina (Foucault, 1976; Bourdieu, 1998). Su función respondía a estructuras patriarcales que normaban la interacción entre géneros, restringiendo el acceso de las mujeres al espacio público y al ejercicio libre de su sexualidad. (Giddens, 1992).*

negaciones fundamentales del machismo clásico. Culturar muestras de ternura o sensibilidad eran rechazadas por su asociación con lo femenino.

Hooks (2004), menciona que el patriarcado capitalista occidental legitima la dominación del hombre sobre la mujer como parte natural del orden social, imponiendo a los hombres una identidad masculina sexista y violenta. Desde la infancia se socializa a los varones para ejercer poder y reprimir la empatía.

Judith Butler (1990) complementa esta perspectiva con su teoría de la performatividad, afirmando que el género es construido mediante actos y estilos socialmente sancionados repetidamente. En el México de mediados del siglo XX, los hombres aprendían a “actuar” su masculinidad a través de rituales cotidianos como el cortejo protector hacia la mujer, la iniciativa sexual llevada con discreción, el lenguaje formal y la ausencia de emociones “débiles” en público.

En palabras de Butler (1990), “el género es una identidad tenuemente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior a través de una repetición estilizada de actos”. Así, el joven que cortejaban en los años 50 seguía un libreto preestablecido, invitaciones formales, pago de los gastos, celos como justificación de “cuidado”, entre otros comportamientos. que confirmaba su masculinidad ante la sociedad, cabe destacar que este modelo hegemónico coexistió con tensiones de clase y del contexto urbano.

La Ciudad de México, en pleno crecimiento demográfico y modernización a mediados del siglo XX, albergaba sectores cosmopolitas donde ciertas costumbres se relajaban más rápidamente que en otros espacios. Sin embargo, incluso en la urbe, el ideal del hombre proveedor y jefe de familia seguía presente.

Intelectuales de la época, como Octavio Paz (1950), caracterizaron la psicología del macho mexicano como hermética y orgullosa, fruto de inseguridades históricas. Paz describe al hombre mexicano usando la metáfora de la máscara, siempre ocultados sus vulnerabilidades tras una fachada de invulnerabilidad y honor. Aunque esta reflexión es literaria, coincide con análisis posteriores de que la masculinidad

machista es, en el fondo, una coraza construida por miedo a la feminización (Kimmel, 1994).

Entre 1950 y 1980, hegemonía masculina y machismo eran prácticamente sinónimos en el ámbito del “ligue” heterosexual en México, el varón debía iniciar, controlar y llegado el momento, “tomar” a la mujer (lingüísticamente se habla de “cortejo” y poseer), mientras la mujer consentía pasivamente dentro de los cauces sociales establecidos.

1.2 Transformaciones y cuestionamientos a la masculinidad hegemónica en el “ligue” (1980-2024)

A partir de la década de 1980, la Ciudad de México vivió cambios acelerados en las relaciones de género, repercutiendo de lleno en las dinámicas de “ligue”. El avance de la segunda ola feminista de México ⁴ (y posteriormente la tercera ola) puso en jaque muchos supuestos del machismo tradicional. Las mujeres comenzaron a reivindicar mayor autonomía en la esfera sexoafectiva, acceso a métodos anticonceptivos, derecho al placer, posibilidades de iniciativas en el “ligue” y rechazo a la violencia de pareja. Paralelamente, “procesos globales como la liberalización de costumbres sexuales, la expansión de la educación superior mixta y la incorporación masiva de la mujer al trabajo remunerado, generaron una secularización de los comportamientos amorosos” (Rocha, 1996).

Esto significa que el “ligue” dejó de estar regido exclusivamente por preceptos religiosos o tradicionales, abriéndose a nuevos modelos más igualitarios. En la

⁴Olas feministas en la Ciudad de México:

La primera ola (siglo XIX - principios del XX) se centró en la educación y el derecho al voto, (Cano, 2017). La segunda ola (1960-1980) impulsó la lucha por los derechos laborales, la despenalización del aborto y la igualdad jurídica,(Lamas, 2002). La tercera ola (1990-2010) enfatizó el reconocimiento de la diversidad de experiencias femeninas y la interseccionalidad, (Pacheco & Olvera, 2015). La cuarta ola (2010-2024) ha estado marcada por el activismo digital, las movilizaciones masivas contra el feminicidio y la violencia de género (Espinosa, 2021).

sociedad mexicana de finales del siglo XX se observa, una tolerancia creciente hacia la vida sexual prematrimonial de las y los jóvenes, algo impensable décadas atrás. Para el año 2000, la idea de que los novios tuvieran relaciones íntimas antes del matrimonio era común en sectores urbanos, reflejando un desplazamiento paulatino de la norma de castidad femenina.

Rojas, Solís y Flores (2013), destacan tres cambios principales en la juventud mexicana contemporánea:

- 1.- La postergación del matrimonio y la maternidad/paternidad en favor de proyectos educativos y laborales.
- 2.- La normalización de una intensa vida sexual juvenil antes del matrimonio.
3. La diversificación de las formas de relación (cohabitación, relaciones casuales, etc.)

Así, el “ligue” dejó de ser visto únicamente como el ensayo de una pareja formal para convertirse en una etapa de exploración y crecimiento personal, muchas veces sin compromiso definitivo.

En las grandes urbes como en la Ciudad de México, se adoptaron más formas de “ligue” menos jerárquicas más rápidamente. Hacia los años 1990 y 2000 era más común que las relaciones sexoafectivas se trataran con mayor horizontalidad, compartan decisiones e incluso gastos en las salidas, algo que en los años 50 habría sido mal visto. También surge la expectativa de que el hombre mostrará sensibilidad y respeto por los deseos de su pareja, incorporando valores promovidos por la educación sexual y afectiva más reciente, como el consentimiento mutuo y la responsabilidad afectiva.

Sin embargo, estos cambios vinieron acompañados de tensiones y resistencias. Muchos varones educados en el machismo experimentaron lo que algunos autores han llamado la “crisis de la masculinidad”. Susan Faludi (1999), describe cómo hacia finales del siglo XX, especialmente tras avances feministas, se produjo un colapso de la masculinidad tradicional que dejó a numerosos hombres en un gesto de desconcierto e incluso agravio.

Rasgos que antes definían al hombre “de valor”, como ser proveedor único o tener autoridad incuestionable, fueron perdiendo centralidad en una sociedad donde las mujeres empezaron a ser económicamente independientes. Faludi señala que muchos hombres se sintieron “traicionados” porque la sociedad no les recompensaba automáticamente por cumplir el antiguo guión de la hombría. Este sentimiento de pérdida de privilegio derivó en aperturas hacia nuevas masculinidades más flexibles, y por otro lado, retrocesos y reafirmaciones machistas a manera de defensa.

Un síntoma de la resistencia al cambio fue el aumento de ciertas formas de violencia de género en el ámbito íntimo, interpretadas por sociólogos como intentos de los hombres a reafirmar su dominación. Durante los años 80 y 90 se hicieron más visibles problemas como la violencia en el “ligue” (control, celotipias, agresiones físicas) y el acoso sexual callejero, indicadores de que muchos hombres jóvenes no estaban dispuestos a ceder sus posiciones de poder. Al mismo tiempo, en el discurso público aparecieron figuras defensoras del orden tradicional, por ejemplo, líderes de opinión o religiosos que culpaban al feminismo de “desvirtuar” las relaciones hombre y mujer.

Este fenómeno se puede vincular con lo que Faludi (1991), denominó *backlash* (reacción adversa) contra las mujeres, cada avance en la equidad de género provoca un contraataque cultural intentando restaurar la antigua jerarquía. En México, este contraataque se vio en campañas conservadoras que abogaban por “los valores familiares” entendiendo de modo tradicional, o en la estigmatización de mujeres sexualmente autónomas, señaladas socialmente como “promiscuas”, por ejemplo.

No obstante, también emergieron discursos masculinos renovadores, académicos y activistas comenzaron a hablar de “nuevas masculinidades”, invitando a los hombres a liberarse del yugo del machismo, que también les causa perjuicios emocionales.

Bell Hooks (2004), en *The Will to Change: Men, Masculinity, and Love*, introduce el concepto de “minusválido emocional” para describir el impacto del patriarcado en la

psique y vida sexoafectiva de los hombres. Según la autora, el sistema patriarcal no sólo oprime a las mujeres, sino que también deshumaniza a los hombres al imponerles una restricción emocional severa, privándolos de una vida sexoafectiva plena. Esta limitación los convierte en sujetos incapaces de conectar con sus emociones de manera saludable, lo que obstaculiza su capacidad para establecer relaciones interpersonales basadas en el afecto y la reciprocidad.

Esta “minusvalía emocional” no es solo una consecuencia individual, sino un mecanismo estructural que refuerza la dominación y el control dentro del orden patriarcal. Como sostiene Hooks (2004), “el patriarcado demanda de los hombres que se conviertan en minusválidos emocionales”, produciendo así hombres incapaces de conectar con sus sentimientos. Esta imposición afecta profundamente las dinámicas sexoafectivas y reproduce un sistema de poder que perpetúa la inequidad de género.

La socialización masculina juega un papel clave en la construcción de esta deficiencia emocional. Desde la infancia, los varones son educados bajo un modelo de masculinidad hegemónica que asocia la fortaleza con la insensibilidad y el desapego emocional (Connell, 1995). Como sostiene Hooks (2004), el patriarcado entrena a los niños para convertirse en “soldados de la dominación”, lo que significa que desde temprana edad aprenden a reprimir sus emociones, especialmente aquellas vinculadas a la vulnerabilidad, como el miedo o la tristeza. Esta construcción de la identidad masculina como distante y autosuficiente responde a una lógica de poder que refuerza la supremacía del hombre sobre la mujer y sobre otros hombres que no se ajustan a este ideal.

Desde una perspectiva sociológica, este proceso de socialización primaria se inscribe en lo que Berger y Luckmann (1966) denominan la construcción social de la realidad, es decir, la manera en que las normas de género son interiorizadas y reproducidas a lo largo de la vida. En el caso de los hombres, esta interiorización genera un *habitus*, en términos de Bourdieu (1980), que configura una disposición duradera a percibir y actuar en el mundo de acuerdo con los mandatos patriarcales. La represión emocional no es solo un rasgo individual, sino un reflejo de una

estructura que moldea subjetividades y relaciones de poder. Como resultado, los hombres crecen con una marcada dificultad para identificar y expresar sus emociones, lo que los convierte en “minusválidos emocionales” dentro de un sistema que refuerza su desconexión afectiva.

Esta limitación emocional, sin embargo, no se traduce en una ausencia de deseo por la conexión afectiva. Kaufman (1994) describe la existencia de una “paradoja afectiva” en los hombres, quienes, aunque anhelan vínculos emocionales profundos, han sido socializados para temer y rechazar la vulnerabilidad. Esta contradicción da lugar a relaciones interpersonales marcadas por la evitación emocional y la incomunicación, lo que impide la construcción de vínculos basados en la empatía y el reconocimiento mutuo.

Hooks (2004) señala que este déficit emocional afecta particularmente las relaciones románticas, en las cuales los hombres pueden experimentar un profundo aislamiento afectivo incluso en contextos de cercanía física. La incapacidad de comunicar sentimientos o de gestionar conflictos desde una posición de apertura emocional perpetúa dinámicas de dominación e inequidad, reforzando las jerarquías de género.

Además de afectar las relaciones individuales, la minusvalía emocional masculina cumple una función estructural dentro del patriarcado. Hooks (2004) argumenta que el desapego emocional masculino es funcional para la perpetuación del poder, ya que un hombre desconectado de sus emociones es menos propenso a cuestionar el sistema que lo oprime. En este sentido, la represión afectiva no solo garantiza el mantenimiento de un modelo relacional basado en la dominación, sino que también impide que los propios hombres reconozcan el daño que el patriarcado les causa.

Bourdieu (1998) desarrolla la noción de violencia simbólica para describir este tipo de mecanismos de dominación, que operan de manera sutil y a menudo inconsciente, perpetuando estructuras de inequidad sin necesidad de coerción explícita. La minusvalía emocional masculina, en este sentido, puede ser comprendida como una forma de violencia simbólica que naturaliza la desconexión

afectiva como un atributo esencial de la masculinidad, cuando en realidad es una construcción social impuesta.

Hooks no se limita a señalar las consecuencias de esta mutilación emocional, sino que propone caminos hacia su superación. Para la autora, la clave radica en la transformación de la masculinidad a través de la reapropiación de la afectividad y la aceptación de la vulnerabilidad como parte fundamental de la existencia humana. En este sentido, la deconstrucción de la masculinidad implica rechazar la idea de que la sensibilidad es una amenaza y, en cambio, reconocerla como una forma legítima de expresión.

Esta transformación, sin embargo, no puede ser meramente individual, sino que requiere cambios estructurales en los procesos de socialización. Desde una perspectiva sociológica, esto implica una revisión crítica de las instituciones que regulan la construcción de género, como la familia, la educación y los medios de comunicación, promoviendo narrativas que deslegitiman la idea de que los hombres deben ser emocionalmente inaccesibles para ser considerados fuertes o valiosos.

En la Ciudad de México han surgido diversas estrategias para abordar la crisis de la masculinidad desde talleres de reflexión masculina, círculos de discusión e implementación de políticas públicas que han intentado generar espacios para que los hombres cuestionen los mandatos patriarcales y se reconecten con sus emociones. Un ejemplo de ello es la “Escuela de Nuevas Masculinidades”, un proyecto impulsado por el gobierno local con el objetivo de proporcionar herramientas para la transformación de la identidad masculina en un sentido más equitativo y afectivamente saludable. Estas iniciativas reconocen que, así como la mujer ha transformado su posición en la sociedad, el hombre también debe cambiar.

1.3 Hacia nuevas masculinidades: reconstruyendo el “ligue” en clave de equidad

Las críticas anteriores no se quedan en la denuncia, sino que abren paso a propuestas de transformación. Si el modelo hegemónico tradicional de masculinidad en el “ligue” estuvo basado en la dominación y la inequidad, ¿cómo sería un modelo

alternativo? Diversas autoridades hablan de “nuevas masculinidades” para referirse a identidades masculinas comprometidas con la equidad de género.

Estas nuevas masculinidades en el contexto de “ligue” se caracterizarían por:

- **Relaciones basadas en la reciprocidad y el respeto:** El hombre deja de concebir el “ligue” como cortejo y lo entiende como un encuentro entre pares. La comunicación franca y el consentimiento explícito se vuelven centrales en las interacciones románticas y sexuales, reemplazando a la coerción o manipulación. En la práctica, esto implica, por ejemplo, preguntar y escuchar los deseos de la otra persona en lugar de asumir que “el hombre decide”.
- **Expresión emocional y vulnerabilidad:** A diferencia del macho que oculta sus sentimientos, las nuevas masculinidades alientan a los hombres a ser emocionalmente honestos y abiertos. Como señala Bell Hooks (2004), es necesario que los hombres sanen la herida de la “mutilación afectiva” permitiéndose sentir y mostrar amor, miedo, tristeza, etc. sin temor a ser menos hombre por ello. En el “ligue”, esto implica admitir nerviosismo, miedo al rechazo o deseo de conexión emocional profunda, rompiendo el mito de la autosuficiencia insensible.
- **Renuncia al control y la violencia:** La nueva masculinidad implica no buscar controlar a la pareja ni usar la fuerza (física o psicológica) para afirmarse. Esto representa un cambio radical respecto al paradigma machista. Como señala Fonseca Hernández (2005) “el hombre es culturalmente violento ante la necesidad de demostrar su frágil identidad... [la] masculinidad dudosa obliga a dar muestras [de superioridad]”, pero precisamente de lo que se trata es de superar esa complicidad. En un modelo de equidad, el valor de un hombre ya no depende de estar “por encima” de alguien. Por lo tanto, en el “ligue” contemporáneo equitativo, los celos posesivos, el acoso y cualquier tipo de agresión deben ser entendidos

socialmente como inaceptables y signos de inseguridad, no de fortaleza.

- **Corresponsabilidad y cuidados:** Un aspecto emergente es que los hombres empiezan a asumir tareas de cuidado en la relación y fuera de ella, por ejemplo, la atención a la contracepción y la salud sexual ya no recae solo en la mujer; el hombre contemporáneo responsable se involucra activamente (usa métodos anticonceptivos, se informa, respeta las decisiones sobre reproducción).

Estas tendencias están respaldadas por corrientes teóricas que abogan por la reeducación emocional y ética de los hombres. Autores dentro de los *Men's Studies* (Estudios sobre-hombres) como Michael Kimmel, Michael Kaufman, entre otros, han trabajado en programas educativos por chicos y hombres que promueven la equidad, por ejemplo, talleres en escuelas sobre resolución no violenta de conflictos, o campañas como “El valiente no es violento”.

En la Ciudad de México, organizaciones civiles y gubernamentales como, GENDES A.C. (Género y Desarrollo), Hombres por la Equidad (Gobierno de la CDMX), Centro de Estudios de Género y Masculinidades A.C. y Talleres de Masculinidad para Jóvenes en Conflicto con la Ley (UNAM), han implementado proyectos de este tipo, que reconociendo que cambiar la violencia de género requiere cambiar la forma en que los hombres viven su masculinidad.

Un elemento crucial en la construcción de nuevas masculinidades es la reflexividad, que los hombres piensen críticamente sobre cómo fueron socializados y cómo pueden cambiar. En términos de la teoría de género, es incentivar en ellos la noción de que su identidad masculina no está dada de una vez y para siempre, sino que puede reconstruirse. Simone de Beauvoir, adaptada por Badinter (1993), expresa, “No se nace hombre, se llega a serlo, es decir, si “ser hombre” es un proceso y no un destino biológico, entonces puede orientarse en otra dirección, “decir adiós al patriarca” y hallar una manera distinta de ser padre, amigo, amante.

En el “ligue”, esto significa despedirse del antiguo “macho cortejador” y dar la bienvenida al compañero. Estas nuevas masculinidades no surgen en el vacío, sino

en diálogo con las nuevas feministas. Las mujeres jóvenes también han cambiado su forma de “ligar”, son más propositivas, expresan abiertamente sus deseos y no están dispuestas a tolerar faltas de respeto. Esto, a su vez, empuja a los hombres a adaptarse o quedarse solos en esquemas obsoletos.

La dinámica relacional es un juego de espejos, a mayor empoderamiento femenino, mayor el desafío para la masculinidad tradicional. En consecuencia, muchos hombres han optado por crecer junto con sus pares femeninas, adoptando roles de apoyo y camaradería. Se vislumbra entonces una posible “masculinidad alternativa”, basada no en la dominación sino en la equidad relacional.

Desde la perspectiva gramsciana, la hegemonía no solo implica el ejercicio del poder mediante la imposición, sino que también se construye y sostiene a través del consentimiento y la producción de un sentido común que legitima determinadas estructuras de dominación (Gramsci, 1971). Algunos autores se preguntan si es correcto hablar de una “hegemonía de la masculinidad igualitaria”, entendida no como dominación, sino como contrahegemonía que transforma las relaciones de género.

Dado que el término hegemonía ha sido tradicionalmente asociado con la supremacía de un grupo sobre otros. Sin embargo, si se adopta una visión más amplia del concepto, se podría entender que la emergencia de nuevas masculinidades no necesariamente busca reemplazar un modelo de dominación por otro, sino disputar el sentido común patriarcal mediante una contrahegemonía que transforme las relaciones de género sin replicar jerarquías de opresión.

En este sentido, el futuro podría estar marcado por la desaparición del concepto de hegemonía masculina tal como se ha entendido históricamente, dando paso a una pluralidad de masculinidades que coexistan sin rigideces ni estructuras jerárquicas. No obstante, este proceso aún enfrenta profundas resistencias. Como señala Gramsci (1971), las hegemonías no se desmoronan sin lucha, sino que tienden a adaptarse y reformularse en contextos de crisis mediante lo que denomina una “revolución pasiva”.

En este caso, la masculinidad hegemónica, lejos de desaparecer por completo, ha desarrollado nuevas estrategias de reconfiguración, absorbiendo parcialmente discursos progresistas sin renunciar a su estructura de poder. Ejemplo de ello es la emergencia de narrativas masculinistas y antifeministas que, a través de redes sociales y otros espacios de socialización digital, intentan restaurar la autoridad masculina tradicional bajo la apariencia de una “reivindicación de los derechos de los hombres” (Martínez Velásquez et al., 2020).

Estas dinámicas reflejan que la deconstrucción de la masculinidad hegemónica dista de haberse consolidado, pues muchos hombres continúan atrapados en la “caja de la masculinidad” patriarcal, resistiéndose a un cambio que los enfrenta con la posibilidad de perder sus privilegios históricos.

Ante este escenario, los esfuerzos académicos y activistas insisten en la necesidad de seguir visibilizando las trampas del machismo y promoviendo modelos de masculinidad que no sólo eviten reproducir esquemas de dominación, sino que además permitan a los propios hombres vivir su afectividad y sus relaciones interpersonales de manera más auténtica y plena.

En este punto, el trabajo teórico de autoras como Hooks (2004) y Lagunes (2021), así como el trabajo práctico de colectivos en pro de nuevas masculinidades, coinciden en una premisa fundamental, liberar a los hombres de la rígida armadura patriarcal no solo beneficia a las mujeres y a las disidencias de género, sino que también contribuye a la transformación de la subjetividad masculina, permitiendo experiencias relacionales más equitativas y enriquecedoras.

Esta transformación, aplicada al ámbito de las relaciones sexoafectivas, implica la posibilidad de construir dinámicas de “ligue” que se aparten de la instrumentalización del deseo y de la lógica del dominio, apostando en su lugar por interacciones basadas en el consentimiento, el placer mutuo y la comunicación sincera.

La lucha por nuevas masculinidades no es únicamente una cuestión de equidad de género, sino una disputa por la resignificación de los vínculos afectivos y eróticos

en una sociedad que históricamente ha asociado la masculinidad con el ejercicio del poder sobre los cuerpos y emociones de los demás. En última instancia, el desafío radica en construir una contrahegemonía que no sólo reemplace la masculinidad tradicional con un nuevo modelo normativo, sino que abra espacio a una multiplicidad de formas de ser hombre, todas ellas desligadas de la necesidad de imponer jerarquías de género.

Sólo entonces será posible imaginar una sociedad en la que las masculinidades no sean fuente de opresión, sino de libertad y reconocimiento recíproco.

Capítulo 2. Deconstrucción y propuestas de transformación en la masculinidad del “ligue”.

En este capítulo se abordan los cambios discursivos y las intervenciones orientadas a deconstruir la masculinidad hegemónica en el contexto del “ligue” en la Ciudad de México. Primero, se examinan los discursos contemporáneos que desafían la visión tradicional del “ligue” y de la masculinidad asociada a éste, mostrando cómo los movimientos feministas y estudios de género cuestionan las normas heredadas. Segundo, se presentan propuestas de intervención desde la sociología de género para transformar dichas masculinidades, incluyendo políticas públicas y programas educativos en la Ciudad de México.

2.1 Discursos contemporáneos y desafíos a la masculinidad hegemónica.

Como se ha mencionado con anterioridad, la masculinidad hegemónica, conceptualizada por R.W. Connell como el modelo dominante que legitima la posición de los hombres en la jerarquía de género, ha moldeado tradicionalmente las prácticas de “ligue” en contextos heteronormativos. En la cultura mexicana, influida por el machismo, el “ligue tradicional” posiciona al hombre como sujeto activo y competitivo, mientras que la mujer es vista como objeto de deseo o recompensa. Este guión de cortejo refuerza dinámicas de poder desiguales, se espera que el hombre inicie, persista y domine la interacción sexoafectiva, asociando su masculinidad con el éxito sexual, mientras se juzga negativamente la libertad sexual femenina, perpetuando un desequilibrio de poder y estatus entre géneros.

No obstante, en años recientes han emergido discursos críticos que desafían esta visión tradicional del “ligue” y la masculinidad hegemónica. Estos discursos provienen del movimiento feminista, la teoría de género, activistas urbanos y hasta voces de hombres aliados, convergiendo en cuestionar las normas patriarcales del “ligue”.

Un primer eje de crítica es el feminismo contemporáneo, que visibiliza cómo ciertas prácticas normalizadas de “ligue” constituyen violencias de género. En la Ciudad de

México, los colectivos feministas y mujeres jóvenes han denunciado públicamente experiencias de acoso y agresión sexual en contextos de aparente “ligue”. Campañas en redes sociales como *#MiPrimerAcoso* y *#YoTambién* (versión local de *#MeToo*) dieron espacio para que miles de mujeres narraran sus primeras experiencias de acoso sexual, muchas ocurridas en las calles o sitios públicos bajo la apariencia de “piropos” o intentos de “ligue”.

Estas denuncias han ayudado a desnormalizar conductas antes toleradas, Morán Rodríguez, L. (2023), menciona que hoy se entiende que los piropos callejeros, los silbidos o las insinuaciones sexuales no solicitadas, constituyen acoso sexual y no formas legítimas de “ligue”. De hecho, datos recientes revelan la magnitud del problema, el 45.6% de las mujeres mexicanas han sufrido agresiones en espacio públicos al menos una vez en su vida, siendo el acoso sexual la forma más común, en el 42% de los casos.

La Ciudad de México destaca con el 60.9% de las mujeres que reportaron haber vivido acoso callejero, frecuentemente en forma de comentarios sexuales no deseados o seguimientos durante interacciones de “ligue”. Estas cifras respaldan el discurso feminista que cataloga tales prácticas como parte de una cultura de violencia patriarcal cotidiana, más que como inofensivas tradiciones románticas.

El cuestionamiento feminista al “ligue tradicional” se articula también en producciones culturales y académicas, un ejemplo es el documental “Ahora que estamos Juntas” (2023) de Patricia Balderas, que expone el acoso callejero en la Ciudad de México y su normalización, enfatizando retratar la narrativa de lo que antes podía verse como indulgencia como “ligue” insistente”, hoy es entendido como invasiones al derecho de las mujeres a transitar libres y seguras.

En definitiva, el feminismo contemporáneo ha logrado introducir en la conversación pública nociones como el consentimiento, respeto a la autonomía femenina y denuncia de la violencia sexual, erosionando los pilares de la masculinidad hegemónica ligados a la agresión sexual y la cosificación de las mujeres. Junto a la crítica feminista, los estudios de género aportan marcos conceptuales para la deconstrucción de la masculinidad en el “ligue”. La idea de deconstrucción en este

contexto alude a dismantelar las construcciones culturales que presentan la masculinidad dominante como “natural” en el comportamiento sexoafectivo.

Autoras como Judith Butler, han argumentado que el género es fundamentalmente performativo, es decir, un acto repetido que produce la ilusión de una esencia masculina o femenina, “que las identidades de género son construcciones contingentes mantenidas por la repetición de actos regulados por normas sociales” (Butler, 1990). Aplicado al “ligue”, esto significa que el papel del “hombre que corteja” no es una expresión innata de la biología masculina, sino un guión aprendido que los hombres encarnan performatividad en cada interacción de “ligue”, por ejemplo, aparentar seguridad extrema, reprimir la vulnerabilidad emocional, tomar la iniciativa sexual agresivamente, etc.

La performatividad implica también que tales actos pueden modificarse o “rehacerse” de distintas formas, Butler y otros teóricos postestructuralistas invitan a transformar estas actuaciones normativas, mostrando que el género, y la masculinidad en el “ligue” puede reinventarse. De acuerdo con ello, la autora Bell Hooks enfatiza que el patriarcado es una estructura que moldea a los hombres inculcándoles actitudes y valores tóxicos, fomentando formas de relacionamiento dañinas tanto para las mujeres como para ellos mismos, González Arribas, B. (2024)

Desde su perspectiva, para erradicar la violencia sexista es necesario que los hombres desarrollen nuevas subjetividades de género alternativas a la hegemónica, Hooks aboga por que los hombres abracen una masculinidad más empática, solidaria y comprensiva, en contraposición al modelo tradicional competitivo y dominador. Estas reflexiones teóricas proveen un sustento intelectual a los discursos emergentes que promueven la deconstrucción “si el género es construido, puede deconstruirse; si la masculinidad hegemónica es aprendida, se puede desaprender” (González Arribas, B, 2024).

Un elemento clave en los discursos contemporáneos es la noción de “masculinidad tóxica”, término popularizado en medios y círculos activistas para describir los aspectos perjudiciales del ideal masculino tradicional. Se califica de “tóxica” a esa masculinidad que reprime la emocionalidad, valora la violencia o el dominio, y

considera a las mujeres como subordinadas. Medios locales han contribuido a difundir este concepto, por ejemplo, un artículo informativo de *Milenio* contrasta las “viejas” y “nuevas” masculinidades, señalando, que la “masculinidad tradicional” impone a los hombres roles y actitudes (ser proveedor, no mostrar sentimientos, ejercer dureza) que no solo dañan a las mujeres, sino que resultan frustrantes y hasta violentos para los propios hombres (*Milenio Digital*, 2023). Se argumenta que tales estereotipos reprimen a los varones en comportamientos contrarios a sus anhelos auténticos y generan malestar emocional, a la par que perpetúan la inequidad.

Al visibilizar cómo el modelo de macho tradicional hiere a todos, estos discursos crean un incentivo para el cambio, *Milenio* (2024). Incitando liberarse de la “toxicidad” asociada a la hombría hegemónica. En contraposición, se promueve el ideal de “nuevas masculinidades”, entendidas como formas de ser hombres alejadas del mandato tradicional. Este discurso resuena con iniciativas de educación popular (campañas en redes sociales, infografías, etc.) que animan a los hombres a deconstruir, es decir, a revisar sus privilegios y condicionamientos machistas. Expresiones como “desaprender el machismo” o “se hombre, pero a tu manera, no la impuesta” han calado en el imaginario urbano juvenil, indicando una apertura generacional para redefinir el rol masculino en las relaciones de pareja y “ligue”.

En México se han desarrollado espacios de diálogo y terapia para hombres que reflexionan sobre su masculinidad, estos especialistas aportan narrativas que confrontan prácticas normalizadas en el “ligue”, por ejemplo, la asociación civil GENDES (Género y Desarrollo), pionera en trabajar con hombres sobre equidad de género, ha criticado abiertamente fenómenos como el auge de lo *Pick-Up Artists (PUA)* o “artistas de la seducción” en la Ciudad de México, Ortiz D.A.(2021), explica que los PUA son grupos que enseñan a los hombres tácticas de manipulación para “ligar” con mujeres, a menudo fundamentas en la cosificación y en la idea de que la persistencia agresiva es válida.

Voceros de GENDES denuncian que estas escuelas de “ligue” alimentan precisamente la masculinidad hegemónica más nociva “normalizan una práctica de seducción y cortejo que invisibiliza la violencia de género”. Lo que en el marketing de estos grupos se presentan como fórmulas de éxito con las mujeres, en realidad promueve acoso, hostigamiento sexual y ejercicios de poder abusivos, llegando incluso a configurar delitos contra las mujeres.

Este posicionamiento, difundido en medio como *Newsweek* en Español, traslada el discurso de derechos de las mujeres al terreno del “ligue”, dejando claro que ciertas estrategias masculinas de “ligue” no son “habilidades sociales”, sino formas de violencia, además, GENDES acuña el término “masculinidad conveniente” para describir la actitud de los hombres en esos círculos que adoptan conductas de control, dominio y abuso de poder porque resultan como dentro de un sistema patriarcal que las permite.

Sacar a la luz esta masculinidad conveniente es parte del discurso de deconstrucción, se invita a los varones a cuestionar qué tipo de hombría están ejerciendo cuando “ligan” y a reconocer la complicidad con el machismo estructural de que ello implica. La repercusión de estas críticas ha sido tangible, por ejemplo, algunos “gurús” internacionales han sido vetados o incluso encarcelados en sus países para incitar al acoso, lo cual refuerza localmente la idea de que tales prácticas son sociales y legalmente inaceptables.

Las campañas educativas sobre consentimiento sexual en universidades de la Ciudad de México, por ejemplo, talleres en la UNAM y el ITAM tras casos de acoso, han introducido un léxico de respeto mutuo que cuestiona la noción de que “el hombre siempre está dispuesto y la mujer pone las trabas”. Ahora se discute la importancia de la vulnerabilidad masculina y de la comunicación explícita de límites en los encuentros íntimos, lo cual supone un desafío directo a la idea hegemónica de que el “ligue” es una suerte de juego de poder unilateral.

En síntesis, los discursos contemporáneos en la Ciudad de México, desde las protestas feministas contra el acoso hasta las teorías posmodernas de género, pasando por iniciativas de “nuevas masculinidades”, convergen en deconstruir el

“ligue tradicional” y la masculinidad hegemónica que lo caracteriza, se promueve una revisión crítica de los guiones de género, el hombre deja de ser visto únicamente como sujeto que corteja invulnerable, para reconocerse también como sujeto ético y emocionalmente responsable en la interacción.

Este giro subjetivo plantea numerosos desafíos a la masculinidad hegemónica, la pérdida de privilegios normalizados, por ejemplo, el derecho antes tácito para abordar a cualquier mujer en cualquier contexto, la necesidad de adoptar nuevas formas de masculinidad basada en la equidad, y la incomodidad de enfrentar las propias inseguridades bajo la máscara del machismo.

En otras palabras, los hombres han sido sujetos y objetos del patriarcado; al deconstruir ese sistema en el ámbito del “ligue”, no solo se protegen los derechos de las mujeres, sino que también se abre la puerta a formas más libres y sanas de ser hombres y de relacionarse.

2.2 Hacia nuevas masculinidades en el “ligue”: propuestas y desafíos

Los cambios discursivos analizados anteriormente sientan las bases para la transformación, pero **¿cómo llevar estas ideas a la práctica social?** Desde la sociología de género se enfatiza que la masculinidad hegemónica, al ser una fenómeno estructural y cultural, no se modifica espontáneamente, sino que requiere intervenciones deliberadas en distintos ámbitos, el legal, el político, el educativo y el comunitario, etc. En la Ciudad de México, se han implementado en los últimos años diversas estrategias orientadas a transformar las masculinidades asociadas al “ligue” y a las relaciones de género.

A continuación, se presentan propuestas e iniciativas concretas que, basadas en estudios de género, buscan deconstruir la masculinidad hegemónica desde políticas públicas y marcos normativos, hasta programas educativos y acciones comunitarias innovadoras, cada una de estas intervenciones aborda la problemática desde un ángulo diferente, pero todas comparten el objetivo de promover relaciones más igualitarias, respetuosas y libres de violencia entre hombres y mujeres.

- **Políticas públicas y marcos legales con perspectiva de género**

Una primera línea de intervención, es el fortalecimiento de políticas y leyes que desincentivan institucionalmente las expresiones nocivas de la masculinidad en la vida cotidiana. En México existe desde 2007 la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, que obliga a los tres niveles de gobierno a emprender acciones contra la violencia de género, en la Ciudad de México, esta ley y su correlato local han dado pie a medidas específicas contra la violencia.

En el espacio público, directamente vinculadas al “ligue” indeseado o acoso, por ejemplo, “la capital tipificó el acoso callejero como una infracción cívica sancionable, reconociendo legalmente que conductas como hostigar verbalmente a mujeres en la calle no son halagos aceptables, sino faltas que ameritan sanción” (Morán Rodríguez, L. 2023), esta reformulación legal envía un mensaje potente, el “derecho” tradicional del varón a importunar a mujeres desconocidas queda revocado por la vía jurídica.

Adicionalmente, la inclusión de preguntas sobre acoso sexual en encuestas oficiales, como la ENSU del INEGI, permite dimensionar el fenómeno y diseñar políticas basadas en evidencia, “los datos de 2019 – 2022 muestra que alrededor del 27% de las mujeres mexicanas mayores de edad han enfrentado violencia sexual o acoso en sitios públicos, frente a 10% de hombres” (Barragán, A. 2020), lo que justifica la focalización de las políticas en proteger a las mujeres y reeducar a los hombres.

Otra política pública relevante es la de implementar campañas masivas de sensibilización, el gobierno de la Ciudad de México, a través de instituciones como la Secretaría de las Mujeres (SEMUJERES), ha impulsado campañas como “No es No” o “#YoRespeto”, difundidas en transporte público y redes sociales, que buscan educar a la población sobre el consentimiento y desalentar comportamientos machistas en el “ligue”. Estas campañas, fundamentadas en diagnósticos sociológicos, pretenden cambiar normas sociales al visibilizar conductas antes normalizadas como problemáticas, por ejemplo, mensajes en el metro capitalino advierten que comentario sexuales no solicitados constituyen acoso y pueden ser

denunciados, lo que funciona tanto como advertencia legal como invitación a la reflexión.

En paralelo, se han establecido espacios institucionales de diálogo. Un caso destacado fue el foro “Masculinidades equitativas” organizado en 2024 por el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en la Ciudad de México, con participación de autoridades gubernamentales y organizaciones civiles. En este foro se parte de la estrategia “Iguales en derecho, nos unimos por la Igualdad” en donde se abordaron temas como nuevas identidades masculinas, masculinidades positivas y el papel de los hombres en la lucha contra la violencia de género. La directora jurídica del IMSS subrayó que construir masculinidades igualitarias es crucial para la sociedad contemporánea y requiere desafiar estereotipos que perpetúan la violencia.

Estos esfuerzos, desde las políticas públicas reflejan un cambio institucional, las dependencias gubernamentales reconocen que involucrar a los hombres es fundamental para lograr la equidad y están creando programas para ello. Sin embargo, como señaló Mauro Vargas (director de GENDES) en dicho foro, aunque en lo formal hay avances legales importantes, “lo que está haciendo falta es un cambio cultural que se traduzca en formas de actuar distintas en todos estos espacios” (Instituto Mexicano del Seguro Social, 2024), es decir, las leyes y campañas sentarán las bases, pero se requiere incidir en lo cultural las actitudes, creencias y prácticas cotidianas de los hombres para transformar de raíz la masculinidad.

- **Intervenciones educativas y trabajo con juventudes**

La sociología de género enfatiza la educación temprana como terreno fértil para prevenir la reproducción de masculinidades hegemónicas. Por ello, una segunda categoría de intervenciones son los programas educativos con perspectiva de género, dirigidos especialmente a niños, adolescentes y jóvenes en etapas formativas, en la Ciudad de México, diversas organizaciones e instituciones han desarrollado materiales pedagógicos y talleres que abordan temas de género, poder y relaciones respetuosas, por ejemplo, la propia asociación GENDES, colabora en

escuelas secundarias y preparatorias mediante talleres que invitan a los chicos a cuestionar la violencia y el sexismo.

Según reportes de GENDES A.C. (2022), se han creado metodologías lúdicas para niños y adolescentes que promueven el respeto, el buen trato y la no violencia en sus interacciones, respaldadas por agencias internacionales, buscan formar desde temprano a las nuevas generaciones, de modo que entiendan que el “ligue” y la convivencia con el otro sexo deben basarse en la equidad y el consentimiento, no en dinámicas de dominación.

A nivel universitario, tras las manifestaciones estudiantiles contra el acoso, como las de la UNAM en 2019, varias universidades de la capital implementaron programas de sensibilización de género. Se introdujeron cursos y charlas obligatorias sobre violencia de género para alumnos y personal, donde se discuten casos típicos de acoso en contextos de “ligue” y noviazgo. Así mismo, colectivos estudiantiles han organizado campañas como “Ligando con Respeto” o “Cupido Feminista”, en las que reparten folletos y organizaciones debates sobre cómo tener Interacciones de “ligue” libre de violencia.

Un énfasis común en estas iniciativas educativas es enseñar a los hombres jóvenes habilidades de comunicación emocional y de empatía, esto implica ejercicios prácticos donde los varones experimentan dinámicas de consentimiento desde la otra perspectiva (entiendo cómo se siente la presión indeseada), o donde aprenden a expresar sus intereses románticos sin recurrir a la coerción. La sociología de género aporta aquí herramientas conceptuales, como el entendimiento de los roles de género como construcciones sociales, que son traducidas en contenidos didácticos asequibles.

En los últimos años, incluso se ha propuesto la incorporación formal de la educación integral en sexualidad con enfoque de género en los planes de estudios básicos de la Ciudad de México. Aunque enfrentando cierta resistencia conservadora, esta propuesta busca que desde la educación primaria se aborden temas de equidad entre niños y niñas, desmontando prejuicios, por ejemplo, la idea

de que “si te molesta es porque le gustas”, con la que solía justificarse el acoso escolar entre niños y niñas.

Estudios internacionales y locales apoyan este enfoque preventivo “involucrando a los hombres jóvenes en la promoción de la equidad de género es una medida eficaz para prevenir la violencia a futuro” (Naciones Unidas en México, 2024). Al fomentar que cuestionen las normas de género perjudiciales y los roles de poder desequilibrados, se siembra las semillas de una nueva cultura de “ligue” basada en el respeto mutuo y la horizontalidad.

Como señala la campaña de Naciones Unidas “Hombres por la equidad”, es indispensable trabajar con hombres y niños para desmontar los privilegios masculinos y construir relaciones menos verticales. En la Ciudad de México, esta filosofía educativa se materializa en iniciativas como clubes de varones en escuelas, espacios seguros donde chicos discuten sobre masculinidades o programas municipales de capacitación a docentes en perspectiva de género, de modo que puedan detectar y corregir actitudes machistas en el aula.

Aunque los resultados de tales intervenciones educativas son graduales, ya se observan cambios actitudinales, “encuestas escolares indican un aumento en el porcentaje de chicos que rechazan frases sexistas o que estarían dispuestos a denunciar a un amigo que acose a una compañera, señales de un desplazamiento cultural entre nuevas generaciones” (Naciones Unidas en México, 2024).

- **Programas de educación y apoyo dirigidos a hombres**

A través de sesiones semanales (a lo largo de varios meses), facilitadas por especialistas en género y psicoterapias, con los hombres adultos cuya socialización ha estado marcada por la “masculinidad tradicional”. La sociología de género aplicada ha impulsado la creación de grupos reflexivos para hombres, donde éstos puedan examinar críticamente su socialización y adquirir herramientas para cambiar.

En la Ciudad de México funcionan varios de estos programas, generalmente auspiciados por organizaciones civiles especializadas. Uno de los más

emblemáticos es el programa de “Hombres Trabajando(se)” de GENDES, A.C. Este programa provee un espacio seguro y no juzgador para que hombres de diversas edades participen en un proceso reflexivo y reeducativo respecto a su manera de ejercer la masculinidad.

A través de sesiones semanales (a lo largo de varios meses), facilitadas por especialistas de género y psicoterapia, los participantes aprenden a identificar, reconocer y detener sus comportamientos violentos, machistas o desiguales, desarrollando formas alternativas y no violentas de resolver conflictos. Los resultados reportados son alentadores “muchos hombres logran mejorar su bienestar emocional y, simultáneamente, promover relaciones más equitativas y de buen trato en sus entornos familiares y de pareja” (GENDES.A.C 2022). En otras palabras, el deconstruir sus actitudes, como los celos posesivos, la necesidad de controlar o la incapacidad de expresar afecto, estos hombres logran cambiar la dinámica de sus relaciones de intimidad y “ligue”, volviéndose más respetuosa.

Un participante puede pasar de creer que “los hombres no piden permiso para besar” a entender la importancia del consentimiento explícito; o de pensar que “insistir hasta que ella ceda” es válido, a establecer límites claros y aceptar un no por respuesta. Estos procesos individuales, aunque discretos, tienen un efecto multiplicador “cada hombre transformado se convierte en un posible agente de cambio en su círculo social. Muchas comparten luego con amigos o familiares las nuevas perspectivas aprendidas, rompiendo el pacto de silencio que suele rodear al machismo”(GENDES, A.C. 2022).

Además de GENDES, existen otras iniciativas de reeducación en la ciudad, como grupos de hombres anónimos para quienes han ejercido violencia en sus relaciones, similar al modelo de Alcohólicos Anónimos, pero enfocado en violencia de género, o programas impulsados desde instituciones públicas, por ejemplo, la Secretaría de las Mujeres de CDMX, coordina el programa “Hombres por la Equidad”, que incluye líneas telefónicas de asistencia psicológica para varones que buscan ayuda por comportamientos agresivos, así como talleres breves en centros comunitarios (Naciones Unidas en México, 2024). Incluso el Poder Judicial de la Ciudad de

México ha implementado, como parte de medidas sustitutivas, la asistencia obligatoria de hombres agresores a cursos de reeducación en nuevas masculinidades.

El enfoque sociológico de estas intervenciones considera al hombre no solo como perpetrador a sancionar, sino también como sujeto educable capaz de cambio, si se le brindan las herramientas y motivaciones adecuadas. Cabe destacar que muchos de los hombres que acuden a estos programas lo hacen inicialmente por crisis personales, por ejemplo, una denuncia, una ruptura amorosa, etc. Pero encuentran en el espacio la posibilidad de resignificar su identidad masculina de manera positiva y no violenta.

En estos grupos de reeducación, la técnica de la reflexión guiada y la confrontación empática con pares juega un rol central. Se suele partir de preguntas aparentemente simples “¿Qué significa ser hombre para ti?”, ¿Qué aprendiste de cómo “ligar” siendo adolescente?” ¿Has sentido miedo o presión al “ligar”, de qué manera eso te afecta?”, para que los participantes analicen críticamente los mandatos sociales detrás de sus repuestas.

Según la *Memoria de masculinidades* del Congreso de la Ciudad de México, en un taller impartido a servidores públicos varones, muchos participantes reconocieron haberse dado cuenta de que conductas que les parecían normales en realidad eran violentas, y expresaron su compromiso de modificarlas. Comentarios recopilados tras la capacitación incluyen, “A identificar conductas que parecen ser normales pero que en realidad son violentas. Modificando mis comportamientos pretendiendo llegar a la equidad”. (*Memoria de Masculinidades* del Congreso de la Ciudad de México, 2022).

Esto ilustra cómo mediante la orientación adecuada, los hombres pueden tomar conciencia de microviolencias en el “ligue”, por ejemplo, insistir repetidamente tras un rechazo, manipular emocionalmente para obtener sexo, etc. y voluntariamente buscar un cambio para alinearse con valores de equidad. Otro aprendizaje frecuente en estos espacios es el reconocimiento del privilegio masculino en las relaciones de género.

En el mismo programa se destaca la importancia de la deconstrucción para la equidad sustantiva, incitando a los participantes a reconocer sus privilegios y apoyar acciones para la equidad plena. En términos prácticos, “asumir privilegios”, significa que el hombre entienda, por ejemplo, que como varón posiblemente no ha temido por su seguridad al salir con alguien, o que la sociedad no lo juzgará si tiene muchas parejas, y, a partir de esa comprensión, desarrolle empatía hacia las mujeres, personas LGBTIQ+ cuyas experiencias son distintas.

Este cambio de conciencia es fundamental para modificar cómo se relaciona en contextos de “ligue”, “deja de ver la interacción como un juego” donde él tiene ventaja, para verla como un encuentro entre pares que merecen la misma consideración y cuidado para ambas partes” (*Memoria de Masculinidades*, 2022).

Las propuestas descritas, políticas públicas con perspectiva de género, educación equitativa, y reeducación masculina, se complementan entre sí para impulsar una transformación profunda de la masculinidad en el “ligue”, desde la sociología de género, se entiende que el cambio debe ocurrir en múltiples niveles simultáneamente estructural, para reformar las reglas del juego social (leyes, instituciones); cultural, para cambiar valores, creencias y narrativas (discursos públicos, educación); e individual, para que los hombres internalicen nuevas formas de ser y relacionarse (procesos reflexivos, conductas cotidianas). La Ciudad de México, por su dinámica metropolitana y plural, se ha convertido en el laboratorio de estas intervenciones.

Es importante notar que estos procesos de transformación no están exentos de resistencias, sectores conservadores tachan de “ideología de género” algunas iniciativas educativas, ciertos hombres reaccionan defensivamente ante la pérdida de privilegios, y persisten en segmentos de la cultura popular que glorifica la figura del “Don Juan acosador”.

Sin embargo, las tendencias parecen ir consolidándose del lado del cambio. Cada vez es más común que en los medios se aplauda al hombre respetuoso y se condene al acosador, que en las familias se eduque a los hijos varones para que expresen sus emociones y traten a las mujeres con equidad, que en las escuelas y

oficinas se implementen protocolos contras el acoso y que en los grupos de amigos lo chistes sexistas ya no queden impunes.

En última instancia, transformar la masculinidad hegemónica en el “ligue” significa democratizar las relaciones de género en su etapa inicial. Implica que el encuentro amoroso o sexual deje de ser terreno de asimetría, donde uno juega el rol dominante y el otro el subordinado para convertirse en una especie de reciprocidad y respeto.

Capítulo 3: La Masculinidad en el “ligue” a través de la música popular mexicana

La música popular constituye un reflejo sociocultural de su tiempo. En el caso de México, las canciones románticas han funcionado como un vehículo clave para transmitir, reforzar y en algunos casos desafiar los modelos de masculinidad predominantes en el “ligue”. A través del análisis de canciones representativas entre 1980 y 2024, este capítulo examina cómo la masculinidad hegemónica se ha configurado y transformado en el terreno del “ligue” en la cultura popular mexicana, especialmente en entornos urbanos como la Ciudad de México.

Se han seleccionado dos grupos de canciones, con criterios que consideran su época, popularidad e impacto lírico, por un lado, temas de evidencian una transformación hacia “nuevas masculinidades” más equitativas, sensibles y vulnerables, por otro lado, una serie de contraposiciones que refuerzan patrones tradicionales, sexistas o machistas en sus letras.

Cada grupo de canciones fue escogido cuidadosamente. Las primeras nos permiten trazar un recorrido cronológico de cambio cultural, desde los 80’s, cuando dominaba un modelo tradicional de machos de cortejo, pasando por los 90’s, cuando la masculinidad entra en cuestionamiento, hasta la década del 2010, con expresiones más igualitarias y emotivas. El segundo grupo, muestran que no todo ha cambiado al mismo ritmo, incluso muestran algunos hombres reinventan su forma de relacionarse, otros temas musicales populares siguen reproduciendo ideas machistas arraigadas, algunas veces con tonos violentos o abiertamente sexistas.

Sociológicamente, justificar esta selección implica reconocer que la música popular, además de entretener, normalizar valores, las canciones elegidas fueron muy difundidas en su momento (ya sea por altas ventas, difusión radiofónica o impacto viral) y sus contenidos líricos representan imaginarios del amor y la masculinidad ampliamente compartidos.

El objetivo comparativo de este capítulo es, por tanto, contrastar ambas trayectorias, la de una masculinidad en transición hacia la equidad, frente a la persistencia de un

guión masculino tradicional en la “ligue”, esto nos permite reflexionar sobre cómo conviven en la cultura popular mensajes progresistas y retrógrados sobre lo que significa “ser hombre” en una relación amorosa.

Teóricamente, interpretaremos estas letras a la luz de tres autores clave, la noción de masculinidad hegemónica de R.W. Connell, la idea de performatividad de género de Judith Butler, y la crítica al patriarcado de Bell Hooks. Estas perspectivas ayudarán a revelar cómo las canciones refuerzan o cuestionan el mandato cultural de la masculinidad. Se evidenciará cómo se pasa de un modelo machista tradicional, a una masculinidad en crisis en los 90’s, hasta formas más empáticas en tiempos recientes, evidenciando tanto la ruptura con antiguos guiones de género como las áreas de resistencias donde dichos guiones perduran.

3.1 Masculinidades en transformaciones: del cortejo al consentimiento (1980-2018)

En estas secciones analizamos canciones populares que reflejan una evolución en la representación de la masculinidad durante el cortejo de los años 80 hasta finales de la década de 2010. Cada tema, revela, en su contexto, el cambio en la construcción de la identidad masculina en el cortejo, las nociones de consentimiento, la equidad de género y la expresión emocional se van transformando con el tiempo. Interpretaremos cada caso con apoyo en Connell, Butler y Hooks, para entender cómo el protagonista masculino de la canción representa la masculinidad hegemónica de su época.

- **“Mujeres Divinas” (Vicente Fernández), 1986)**

“Mujeres, oh mujeres tan divinas, / no queda otro camino que adorarlas” (Martín Urieta, Mujeres Divinas, 1986)

En esta famosa ranchera de los años 80, el protagonista, un hombre dolido que bebe en una cantina, comienza cantando “canciones en contra de ellas”. Estas perspectivas reflejan un modelo tradicional del cortejo y de la masculinidad de los años 80, el hombre se presenta como galante y respetuoso en la superficie, pero a

la vez coloca a la mujer en un pedestal distante, al idealiza, la ve casi como un ser sagrado al que adorar, en lugar de concebirla como a una semejante.

Este tipo de adoración romántica puede interpretarse como una forma de patriarcado romántico o “sexista benevolente”, usando el término de la psicología social, se venera a la mujer por su ideal femenino, pero no se le reconoce plena autonomía ni complejidad como sujeto. De hecho, en la canción el hombre habla de las mujeres en conjunto, no con ellas, ninguna mujer tiene voz propia en la historia.

El hombre toma la iniciativa (es él qué opina sobre el amor y dicta la conclusión de que hay que adorarlas), mientras la mujer permanece pasiva, convertida en musa silenciosa de su devoción. Esta dinámica calca el antiguo esquema del cortejo, el hombre es el sujeto activo (corteador, cantante, quien sufre y a la vez adora), y la mujer es el objeto de deseo idealizado. No se menciona en ningún momento el consentimiento o la opinión de alguna mujer específica, el hombre asume el papel del corteador sufrido que, pese a sus quejas iniciales, “adora” a las mujeres sin cuestionar sus propios privilegios ni realmente escucharlas.

Desde la teoría de R.W. Connell, lo que vemos en “*Mujeres Divinas*” es la expresión de la masculinidad hegemónica de la época, un patrón cultural dominante que legitimaba la superioridad masculina de forma sutil, sin necesidad de coerción directa. En el contexto mexicano, esa masculinidad hegemónica tradicional se asocia con el machismo, un sistema patriarcal que exalta la autoridad del hombre y roles de género rígidos. Aquí no hay violencia explícita, pero sí un encuadre donde el hombre decide cómo enmarcar a la mujer (como algo divino) sin ceder autonomía.

En término de Judith Butler, el protagonista masculino está “performando” un guión de género tradicional. Butler sostiene que “el género es... una repetición estilizada de actos”, en este caso, el cantante repite el acto cultural aprendido del mariachi enamorado, bebiendo y cantando entre amigos sobre las mujeres, cual refuerza su identidad masculina ante otros hombres, refuerza la norma de que el varón es quien corteja, opina y decide cómo son “las mujeres”, mientras que la mujer es cortejada y definida por la mirada masculina.

Desde la postura de Bell Hooks, podríamos decir que esta canción muestra el patriarcado romántico en acción, el hombre coloca a la mujer en un altar, pero de manera subordinada, negándole complejidad. Hooks ha señalado que incluso las formas aparentemente amorosas del machismo (como idealizar a la mujer como madre o musa) son parte del patriarcado, pues mantiene a la mujer en el rol pasivo y controlando. El “adorarlas” de la canción no cuestiona la situación de poder, más bien, la normaliza bajo una apariencia de respeto.

Así, “*Mujeres Divinas*” encapsula una ideal masculino benevolente en el discurso, pero profundamente tradicional, el hombre fuerte que pese al dolor sigue estando en la posición de definir la relación, él la adora porque “no queda otro camino”. La autonomía femenina brilla por su ausencia, es un mundo romántico orbitando en torno a la perspectiva masculina.

- **“Sexo, Pudor y Lágrimas” (Aleks Syntek, 1999)**

“*Hoy para mí es un especial, / pues al fin he logrado llorar*” (*Sexo, Pudor y Lágrimas*, 1999)

Diez años después, a finales de los años 90, esta canción, tema principal de la película mexicana “*Sexo, Pudor y Lágrimas*” (1999) marca un quiebre generacional en la expresión masculina del amor. Desde el inicio, el protagonista masculino declara con honestidad que “al fin he logrado llorar”, algo que antes se había negado a hacer por orgullo, esta frase inicial implica una ruptura con el mandato machista tradicional, históricamente, al hombre se le enseñó “los hombres no lloran” como muestra de fortaleza.

En la cultura popular mexicana era típico ese refrán, reflejo de la mutilación emocional que imponía el patriarcado sobre los varones, aquí, en cambio, un hombre joven reconoce su vulnerabilidad y llora por desamor, rompiendo el silencio emocional, la letra evidencia un proceso de cuestionamiento de la masculinidad hegemónica que cobró fuerza en los años 90.

Según Connell, en las décadas de fines del siglo XX se vivió una “crisis de la masculinidad” dominante donde muchos hombres comenzaron a rechazar el rol de

invulnerables, esta canción es un ejemplo de esa crisis o transición, el protagonista ya no busca aparentar dureza, sino que admite su dolor abiertamente, el hecho de llorar implica que el hombre ya no teme “feminizarse” al mostrar emociones, está desafiando el ideal previo de hombría estoica e imperturbable.

En términos de Butler, el personaje desafía los patrones tradicionales de género, en lugar de repetir el acto estilizado del macho insensible, introduce un nuevo performance masculino más sensible y transparente, Butler plantea que los actores de género repetidos pueden también resignificar y cambiar los códigos dominantes, aquí, el protagonista lo hace al normalizar el llanto masculino en una balada pop romántica, algo impensable bajo la lógica del mariachi tradicional que jamás derrama lágrimas de amor público.

Esto se relaciona con la crítica de Bell Hooks al patriarcado, afirma que el sistema patriarcal obliga a los hombres a reprimir su afecto, volviéndose “inválidos emocionales”, la consecuencia de esa represión es que las relaciones se vuelven pobres en comunicación y empatía, el hecho de que el hombre llore y pide perdón indica precisamente una liberación de esa atadura emocional impuesta por el machismo.

Coincide con la idea de Hooks de que solo abrazando la equidad de género y permitiendo la sensibilidad, los hombres podrán vivir el amor plenamente, vemos un destello de esa transformación, el protagonista deja de lado la máscara de dureza porque valora la relación y le duele la pérdida, implícitamente reconoce que su pareja es sujeto activo en la relación (ella se fue porque el fallo), y que la conexión se quebró por errores mutuos, no solo por un “capricho” femenino.

Esta narrativa acompaña los cambios socioculturales de los años 90, cuando las voces feministas y los movimientos por la equidad de género cobraron auge en México, para 1999, nociones como “no es no”, el derecho de la mujer a rechazar avances y el respeto a las decisiones femeninas comenzaron a permear el discurso público. Así, en la canción vemos a un hombre que, aunque de forma implícita, está validando la autonomía de su pareja, ella se fue porque quiso y él no la retiene a la

fuerza, sino que lamenta su ausencia y asume su propia responsabilidad en la ruptura.

En comparación con la canción anterior, aquí se muestra una interacción mucho más horizontal, la mujer ya no es solo la musa idealizada e inalcanzable, sino alguien cuyos actos (irse, echarlo de su vida) tienen un impacto legítimo que él debe aceptar.

Connell llamaría a esto un momento de inflexión donde la masculinidad hegemónica es cuestionada, abriéndose paso expresiones alternativas de ser hombre. Butler diría que se está ensayando una nueva actuación de género, la del hombre empático y comunicativo, que rompe el molde repetido del macho duro. Hooks, por su parte, aplaudiría este paso, pues libera al varón de la “cárcel emocional” patriarcal, permitiéndoles expresar sus emociones sin vergüenza. En suma, “Sexo, Pudor y Lágrimas” representa a un hombre que empieza a desmontar el machismo en sí mismo, dando prioridad a la honestidad emocional y al respeto mutuo en el “ligue”.

- **“Fuentes de Ortiz” (Ed Maverick, 2018)**

“Y ahora estoy aquí, sentado en este viejo sillón, esperándote” (Ed Maverick, *Fuentes de Ortiz*, 2018)

En pleno siglo XXI, esta canción viral compuesta e interpretada por el joven Ed Maverick representa a una nueva generación de hombres y su manera de vivir el amor y el desamor. “*Fuentes de Ortiz*” (2018) es una balada acústica sencilla donde una adolescente narra con total franqueza su pena de amor tras la partida de su pareja, la estrofa citada lo muestra literalmente “sentado, quieto, esperando”, es decir, no toma el rol activo tradicional de ir a buscar a la chica para cortejarla. Al contrario, acepta la situación con tristeza y la espera respetuosamente, exponiendo su vulnerabilidad de forma desarmante.

Esto evidencia cuánto han cambiado las expectativas del “ligue”, ya no se celebra al hombre insistente o agresivo, aquí el protagonista masculino practica la paciencia y respeta la decisión ajena (ella se fue, él no la obliga a volver ni la acosa, solo

expresa que la extraña). Nos encontramos ante una masculinidad joven mucho más cercana a lo que los teóricos de género llamarían “nueva masculinidad”, basada en la reciprocidad, el respeto y el consentimiento, en lugar de concebir el cortejo o guerra, este personaje lo vive como un encuentro entre semejantes en el que, lamentablemente, la otra persona ha decidido irse, él puede lamentarlo, pero no la culpa ni la persigue.

No hay reproches violento ni acusaciones de traición a diferencia del resentimiento que asomaba todavía en “*Mujeres Divinas*” o la furia vengativa de otras canciones machistas de antaño, aquí el chico ha escuchado el “no” de la mujer, implícito en su ausencia y aunque sufre, lo acepta sin coacción, esto se alinea con la noción de que en las relaciones contemporáneas la comunicación franca y el consentimiento explícito se vuelve controles, reemplazado la coerción o la manipulación. El joven de la canción parece entender que el vínculo amoroso depende de ambas partes, no de una imposición unilateral masculina.

Des de la perspectiva de Connell, podríamos decir que “*Fuentes de Ortiz*” refleja la erosión significativa de la masculinidad hegemónica tradicional en el terreno del “ligue”, el protagonista no exhibe ninguno de los rasgos del antiguo macho cortejador, no es controlador, ni orgulloso, ni invulnerable. Por el contrario, encarna una masculinidad alternativa que permite la tristeza y la espera, esto concuerda con estudios recientes que hablan de una transición hacia masculinidades más “horizontales” y empáticas entre los jóvenes, ahora, el ideal ya no es el hombre dominante, sino el compañero sensible.

Butler sugería que este cambio en la actuación repetida del masculino tiene un efecto subversivo, al repetirse canciones e historias de hombres sensibles, se ve desmontado el código dominante de que “ser hombre” implica dureza o dominación. Ver a un cantautor adolescente triunfando con una canción en la que prácticamente solloza “ya no sé cómo olvidarte” normaliza la idea de que los hombres pueden y quizá deben expresar sus emociones abiertamente, sin perder por ello su identidad masculina.

La crítica de Hooks también encuentra eco aquí, plantea que solo dejando atrás el patriarcado los hombres podrán sanar sus heridas emocionales y conectarse plenamente con los demás. “*Fuentes de Ortiz*” es casi un ejercicio de catarsis emocional masculino, el chico confiesa su dolor sin tapujos, algo que el patriarcado habría ridiculizado décadas atrás como debilidad, además, en términos de equidad de género, la letra muestra a una mujer ausente, pero a la vez empoderada en su decisión, ella terminó la relación o se alojó, y él no la cuestiona ni insulta por ello, simplemente la añora.

3.2 La persistencia del machismo en el “ligue” (1986-2016)

A pesar de la evolución descrita, es importante señalar que no toda la música popular ha seguido este camino de transformación, muchas canciones entre 1980 y 2024 continúan reproduciendo las lógicas del machismo tradicional en el contexto del “ligue”, ya sea mediante letras que cosifican a la mujer, que trivializan violencia o que refuerza la idea del hombre dominante y la mujer subordinada. En esta sección se presentan canciones en contraposición, cuyas letras refuerzan patrones sexistas o actitudes masculinas retrogradadas en el “ligue”.

Estas canciones, muy populares en su momento, demuestran cómo coexisten mensajes opuestos sobre la masculinidad en la cultura musical mexicana. Cada análisis se realizará en el mismo tono reflexivo, aplicando las teorías de género para evidenciar qué tipo de masculinidad se representa y porque constituye un estacionamiento respecto a las nuevas masculinidades deseadas.

- **“La Puerta Negra” (Los Tigres del Norte, 1986)**

“Ya está cerrada con tres candados / y remachada la puerta negra / porque tus padres están celosos/ y tienen miedo que yo te quiera” (Los Tigres del Norte, 1986)

Esta célebre canción norteña de medios de los años 80, retrata un escenario clásico de la cultura tradicional, una joven a la que sus padres le prohíben ver a su pretendiente, cerrando con candados la puerta negra de su casa. El protagonista masculino canta detrás de esa puerta clausurada, asegurando a su amada que la seguirá esperando e incluso buscando modos de verla a escondidas “mañana que

vayas a la escuela, allí estaré” sugiere la letra más adelante, si bien a primera vista es una canción romántica sobre amor prohibido, encierra dinámicas de patriarcado muy arraigadas, los padres (particularmente el padre celoso) controlan la sexualidad y las salidas de la hija, y el enamorado se ve a sí mismo desafiando esa autoridad para consumar el cortejo.

Desde la óptica de la masculinidad hegemónica que describe Connell, “*La Puerta Negra*” presenta a dos varones en roles de poder, por un lado, el padre, representante del patriarcado tradicional que decide con quien y cuando puede relacionarse su hija, por otro lado, el pretendiente, que si bien en la canción aparece como víctima del impedimento, también actúa con la actitud tradicional del hombre cortejador que persiste a toda costa. La mujer (la hija/enamorada) tiene un rol pasivo, llora tras la puerta, pero no toma decisiones propias, su voz no aparece, son los hombres (padre y pretendiente) quienes negocian simbólicamente su destino.

Este contexto refleja lo que Connell llamaría la alianza entre la masculinidad hegemónica y el control social de la sexualidad femenina. Analizando el comportamiento del protagonista con la teoría de Butler, podemos decir que él está performando el guión del enamorado insistente, la cultura le ha enseñado que el verdadero hombre no se rinde ante obstáculos (así sea una puerta cerrada por el padre ella), al contrario, debe perseverar y “luchar” por su amor.

El protagonista repite este acto estilizado, canta bajo el balcón, promete esperarla y prácticamente la incita a escapar “no me importa que me digan tus padres”. Este desempeño de género romantiza la insistencia masculina, algo común en décadas pasadas, el hombre debe persistir, porque se asume que la mujer vale la pena, aunque haya resistencia externa, no se contempla la opción de desistir, porque socialmente se aplaudía al hombre tenaz que no acepta un “no” aquí él “no”, viene de los padres. En este sentido, la canción refuerza la idea de que la dinámica del cortejo es un juego donde el hombre insiste y la mujer (o quien la custodia) cede eventualmente.

Desde la mirada de Bell Hooks, “*La Puerta Negra*” pone de relieve el patriarcado familiar, el padre celoso encarna la creencia de que la hija es propiedad de la familia

(del padre hasta que un esposo tome el relevo). Hooks crítica como el patriarcado trata de las mujeres como posesiones cuyo acceso debe ser regulado por hombres, aquí la puerta negra simboliza esa vigilancia y control masculino sobre la mujer, por otra parte, el pretendiente también actúa con un sentido de derecho, aunque desafía al padre, en ningún momento se pregunta que quiera ella exactamente, da por sentado que ella lo ama y que él hará lo posible por “tenerla”.

Ambos hombres, en bandos opuestos, comparten la noción de que su decisión (del padre impedir, del pretendiente insistir) la que definirá el curso del amor, la autonomía de la joven queda anulada entre la autoridad patriarcal y la iniciativa romántica masculina.

En síntesis, “*La Puerta Negra*” refuerza un guión machista donde el cortejo es una contienda manejada por hombres, un custodio (padre) y un aspirante (novio) disputándose el destino de la mujer, aunque envuelta en lenguaje romántico, la canción perpetúa la idea de que la mujer es un ser resguardado tras muros y candados, y que es tarea del hombre derribar esas barreras, no necesariamente con violencia directa, pero sí con terquedad y sin consultar la voluntad de ellas abiertamente.

Esto contrasta con la noción moderna de consentimiento, aquí la preocupación es el permiso paterno, no el consentimiento de la mujer, lo cual nos habla de un tiempo donde el deseo femenino estaba subordinado a la tutela masculina

- **“*Ingrata*” (Café Tacuba, 1994)**

“Ingrata, no me digas que quieres, / no me digas que me adoras, que me amas, que me extrañas... / por eso ahora te voy a obsequiar / un par de balazos pa' que te duela” (Café Tacuba, 1994)

“*Ingrata*” es una canción del influyente grupo de rock alternativo Café Tacuba lanzada en 1994. A primera vista, la melodía es alegre y bailable, y la letra parece emplear un tono sarcástico o de humor negro, sin embargo, con el paso del tiempo, los versos de “*Ingrata*” se han vuelto sumamente polémicos debido a su contenido agresivo.

En la canción, un hombre despechado arremete verbalmente contra su expareja (a quien llama “ingrata” por haberlo abandonado) y llega al extremo de amenazar con violencia letal, diciendo que la regalará “un par de balazos” para que sienta dolor, aunque la banda inicialmente presentó esto como una sátira de las típicas canciones rancheras de despecho, la letra refuerza estereotipos muy peligrosos, el del hombre que no tolera el rechazo y considera legítimo castigar a la mujer que lo dejó.

Desde el punto de vista de la masculinidad hegemónica (Connell), el protagonista de “Ingrata” exhibe la faceta más agresiva y violenta de ese modelo tradicional, aquí ya no estamos ante un machismo “benevolente” que pone a la mujer en un altar, sino ante el machismo hostil que surge cuando el ego masculino es herido, la noción patriarcal de que la mujer es una pertenencia del hombre subyace en la canción, él se siente traicionado porque ella se fue, y en lugar de aceptar la autonomía de la mujer, reacciona con furia homicida.

Judith Butler nos sería útil para entender cómo incluso un grupo alternativo como Café Tacuba termina replicando un guión de género, en “*Ingrata*” vemos la performance del varón despechado. Butler argumenta que repetimos actitudes de género aprendidas, la letra de esta canción repite, posiblemente a modo paródico, la actitud de muchos protagonistas masculinos de canciones rancheras y gruperas tradicionales, insultar a al ex (ingrata, traicionera) y jactarse de poder lastimarla.

Aunque Café Tacuba probablemente pretendía criticar esa postura mediante la exageración, en la práctica millones de oyentes cantaron y bailaron la canción sin el contexto irónico, reproduciendo el mensaje literal, así, el acto estilizado del macho violento se difunde una vez más y la línea entre la parodia y la normalización se vuelve borrosa. Performativamente, el cantante asume el rol de un hombre machista tradicional, lo cual indica la fuerza que tienen estos guiones culturales incluso en espacios supuestamente contraculturales.

Desde la crítica Hooks, “*Ingrata*” ejemplifica la faceta más atroz del patriarcado, la violencia de los hombres contra las mujeres cuando sienten su poder amenazado. Hooks ha señalado que la socialización machista inculca en los hombres la idea de

que la agresión es una respuesta válida ante la frustración emocional, en vez de enseñarles a procesar el dolor de manera saludable.

En la canción, el hombre herido no puede tolerar su dolor ni su sentimiento de abandono, en vez de ello, lo externaliza como odio hacia la mujer y recurre a la fantasía de matarla (presentada como "obsequiar balazos", un eufemismo cruel). Este es un ejemplo extremo para tristemente real de cómo el machismo tradicional maneja el rechazo, tratando a la mujer de mala (ingrata) y buscando retribución violenta.

La popularidad de "*Ingrata*" en los años 90 y principios de los años 2000, coincidió con una cultura que aún tomaba a la ligera este tipo de mensaje, considerándolos "broma" o parte del folclor del despecho, sin embargo, en años recientes (2017-2018) y en el contexto de creciente conciencia sobre la violencia de género en México, la canción fue fuertemente cuestionada, la propiedad banda dejó de interpretarla en vivo, reconociendo que la letra resulta problemática en una sociedad afectada por altos índices de violencia contra la mujer. Esto refleja un cambio social, lo que antes era aceptable como humor, hoy se ve (con razón) como apología de la violencia machista.

- **"*Mátalas*" (Alejandro Fernández, 2003)**

"Mátalas / con una sobredosis de ternura / asfixialas con besos y dulzura / contagialas de todas tus locuras..." (Alejandro Fernández, 2003)

En el año 2003, Alejandro Fernández (una de las figuras más populares de la música ranchera-pop contemporánea) lanzó "*Mátalas*", una canción cuyo título y estribillo llaman inmediatamente la atención por el uso de las palabras "mátalas". A diferencia de "*Ingrata*", aquí no se trata literalmente de incitar al feminicidio, más bien, la letra presenta consejos de un hombre mayor a uno más joven sobre cómo tratar a las mujeres para "conquistarlas", la aparente solución es "mátalas con ternura", es decir, agasajarlas tanto con amor, detalles y pasión que no pueden resistirse.

Toda la canción juega con esa metáfora peligrosa, emplea términos de violencia extrema (matar, asfixiar) pero los combina con actos “románticos” (ternura, besos), el resultado es una exaltación del macho seductor que, bajo una fachada de caballerosidad exagerada, en realidad cosifica a las mujeres y las ve como seres que deben ser doblegados (aunque sea mediante cariño sofocante).

Si analizamos “*Mátalas*” desde la masculinidad hegemónica, notamos que promueve un estilo de masculinidad que podríamos llamar machismos paternalistas, el protagonista asume que las mujeres en general “no saben lo que quieren” y que el hombre debe aplicar ciertas tácticas así infalibles para poseer su amor, aunque habla de ternura y dulzura, el subtexto es de manipulación, “enamorarlas tanto que queden rendidas a ti”, esto refuerza la idea de cortejo romántico como estrategia unilateral donde el hombre es activo y la mujer es un ente al que hay que “vencer”, en este caso, con exceso de amor.

Es una variación del ideal hegemónico, el hombre galante, protector y proveedor de romance, pero que en el fondo sigue viendo la dinámica en términos de poder, él gana el amor si despliega las tácticas correctas, este tipo de masculinidad encaja con la descripción de Connell de la hegemónica que legitima el dominio masculino de formas sutiles, aquí no hay fuerza bruta, pero se normaliza que el hombre controle la relación a través de sus acciones calculadas de seducción.

Judith Butler podría señalar que “*Mátalas*” presenta una actuación de género muy específica, la del donjuán o caballero cortejador, el lenguaje violento disfrazado de romance es particularmente revelador, usar verbos como “matar” o “asfixiar” aplicados a gestos amorosos demuestra que, en última instancia, la agresión simbólica sigue ahí.

El hombre se concibe a sí mismo como el actor principal que, con su actuación (ternura extrema), termina aniquilando la resistencia de la mujer, así, aunque suene a una balada de amor, “*Mátalas*” entrena a los hombres para una forma de masculinidad manipuladora y a las mujeres para aceptar una dinámica de asfixia romántica como prueba de amor.

Desde la perspectiva de Hooks, podemos ver "*Mátalas*" como ejemplo de cómo el patriarcado a veces utiliza el disfraz del amor para perpetuarse. Hooks habla del sexismo benevolente y del romanticismo patriarcal donde se idealiza a la mujer, pero al mismo tiempo se le niega poder, en la canción, el consejo es llenarlas de atenciones, sí, pero no para respetarlas como iguales, sino para "cortejarlas" y poseerlas. No se contempla que la mujer pueda decir "no" o tener sus propios deseos, se asume que, con suficiente insistencia cariñosa, todos ceden. Es decir, se borra el concepto de consentimiento entusiasta, la mujer aquí es persuadida hasta la rendición.

Además, la letra encierra una cierta condescendencia hacia la mujer, la ve casi como una criatura que solo necesita flores, poemas y pasión física para estar feliz, una visión simplista y estereotipada de la psicología femenina, esto es justamente lo que Hooks señala como problemático del amor romántico tradicional bajo el patriarcado, se trivializa a la mujer, se la mete en un molde "todas quieren lo mismo" y el hombre juega el papel de proveedor universal de amor, esperando a cambio su sometimiento afectivo.

Un aspecto adicional para analizar es el impacto cultural, "*Mátalas*" fue muy popular en su época y aún es conocida, muchos la cantan sin mayor reflexión crítica, tomándola como una canción simpática de consejo amoroso, pero en años más recientes, voces feministas han expresado incomodidad con la canción, ya que el lenguaje de "mátalas" y "asfixialas" resulta inquietante en un país con altos índices de violencia contra la mujer.

Aunque la intención original sea metafórica, el hecho de usar la palabra como matar, dirigida a mujeres en cualquier contexto romántico resulta desafortunado. Vemos entonces como una pieza de cultura popular puede normalizar expresiones de violencia disfrazadas de amor, lo cual es parte del problema mayor del machismo, a veces se presenta con sonrisas y mariachis, pero sigue perpetuando la idea de la mujer dominada.

Conclusión

La investigación realizada confirma que la masculinidad hegemónica ha moldeado profundamente las prácticas de “ligue” en la Ciudad de México desde mediados del siglo XX, a la vez que revela cómo se está moldeando ha sido progresivamente cuestionado y deconstruido en décadas recientes. A la luz del marco teórico de género y la historia social estudiados (1950-2024), podemos afirmar que las dinámicas tradicionales de cortejo, basadas en el hombre como sujeto activo, dominante y la mujer como sujeto pasivo, han ido cediendo terreno ante nuevas formas de interacciones sexoafectivas más equitativas.

Esta conclusión, escrita desde la mirada crítica de una socióloga en formación, articula los hallazgos empíricos con una reflexión personal y académica orientada por la perspectiva de género. En congruencia con los resultados obtenidos, se reflexiona sobre la urgente necesidad de trascender el modelo de masculinidad hegemónica y adoptar relaciones más horizontales, empáticas y corresponsables, enfatizando los cambios ya observables en la realidad contemporánea de la Ciudad de México.

Históricamente, la masculinidad hegemónica impuso un libreto rígido en el cortejo y las relaciones sexoafectivas. Hacia las décadas de 1950 y 1960 imperaba un fuerte sobre estándar sexual, se esperaba que el varón fuera activo, seguro de sí, incluso agresivo en su iniciativa sexoafectiva, mientras que a la mujer se le exigía recato y sumisión a las normas tradicionales. La sexualidad femenina quedó confinada al ámbito privado y doméstico, vinculado al rol de esposa o madre, sin legitimidad para la experimentación autónoma del deseo, a la par, la sexualidad masculina podía expresarse abiertamente e incluso jactarse de cortejada como prueba de hombría (Olguín Lacunza & Sánchez, 2023).

Este patrón correspondía al modelo de “macho” mexicano, manifestación local de la masculinidad hegemónica que, según Connell, se define como aquel ideal

dominante de hombre fuerte, proveedor, competitivo y emocionalmente inaccesible. En efecto, ser hombre bajo este paradigma significaba rechazar todo lo asociado a lo “femenino”, buscar estatus y poder como sinónimo de éxito social, asumir el riesgo y la agresión como conductas naturales, y “ser duro como el roble”, es decir, no mostrar vulnerabilidad ni emociones tiernas. (Instituto Nacional de las Mujeres [INMUJERES], 2017)

Estas expectativas normativas moldearon por décadas las interacciones del “ligue”, el varón debía tomar la iniciativa, el galanteo o incluso la insistencia agresiva se normalizaba y a la mujer, por su parte, enfrentaba sanciones sociales si expresaba abiertamente su deseo o autonomía en el terreno sexoafectivo.

Las prácticas culturales de aquella época, desde los piropos callejeros hasta las serenatas nocturnas, reflejaban un orden patriarcal donde el hombre ostentaba el papel de cortejador y la mujer el de presa a ser cotejada. De tal modo, las dinámicas sexoafectivas respondían a una jerarquía de género incuestionada, los hombres lideraron el juego del “ligue” y las mujeres se adecuaban a sus reglas.

No obstante, a medida que avanzó la segunda mitad del siglo XX, transformaciones sociales y culturales fueron erosionando paulatinamente ese guión tradicional, la modernización de la sociedad mexicana, especialmente en entornos urbanos como la capital, trajo consigo una creciente participación de las mujeres en la educación superior, el trabajo remunerado y la vida pública.

Influenciadas por las olas del feminismo internacional y los movimientos de liberación femenina, muchas mujeres mexicanas empezaron a reivindicar mayor autonomía en su vida sexoafectiva. Para fines del siglo XX, prácticas antes impensables, como que una mujer invitara a salir a un hombre, o disfrutara de su sexualidad fuera del matrimonio sin ser estigmatizada, comenzaron a visibilizarse, al menos entre ciertos sectores jóvenes y progresistas.

Las relaciones prematrimoniales se hicieron más comunes en las décadas de 1970 y 1980, y las relaciones sexoafectivas experimentaron formas más equitativas, que se concebían a sí mismas como compañeras, más que como dominador y dominada, sin embargo, estos cambios no eliminaron de raíz el rasgo de la masculinidad hegemónica, Muchas actitudes machistas persisten en las dinámicas del “ligue”, por ejemplo, la expectativa de que el hombre “pague la cuenta” o tome las decisiones importantes en la cita, la tolerancia social al acoso verbal como forma de cortejo, o la presunción de que el varón debía tener más experiencias sexuales que la mujer.

Durante buena parte del siglo XX, los hombres mexicanos crecieron asumiendo que debían demostrar iniciativas y control del cortejo, mientras las mujeres aprendieron a navegar entre el deseo de mayor libertad y el temor a las sanciones morales del entorno. El resultado fue un prolongado período de tensiones entre viejas y nuevas narrativas de género en el terreno sexoafectivo.

Ahora bien, el reto crítico que subyace a todos estos cambios es la deconstrucción de la masculinidad hegemónica en los hombres que participan de estas dinámicas, los hallazgos de la investigación enfatizan que no basta con cambiar las apariencias del cortejo, es imprescindible que los varones transformen de manera profunda su forma de concebirse a sí mismo en las relaciones sexoafectivas. En estas palabras, la modernización del “ligue” debe venir acompañada de una reeducación emocional y ética de la masculinidad.

Aquí es donde se hace patente la urgencia de que los hombres abandonen el modelo tradicional de masculinidad hegemónica. La música analizada y la literatura especializada conceden en diagnosticar que dicho modelo ha causado estragos tanto sociales como personales. Por un lado, mantuvo y aún mantiene a las mujeres en posiciones subalternas, exponiéndolas a desventajas, abusos e incluso violencias, baste recordar que la normalización del acoso o la coerción sexual en el pasado formaba parte de ese guión machista.

Pero, por otro lado, también ha perjudicado gravemente a los propios hombres, generando lo que puede entenderse como una suerte de discapacidad emocional masculina. La socialización bajo la norma del “hombre fuerte” ha implicado para muchos varones la negación sistemática de sus necesidades afectivas, la represión de sus emociones y la incapacidad de gestionarlas saludablemente. (AHIGE Andalucía, 2024).

En este sentido, la masculinidad hegemónica tradicional ha creado generaciones de hombres con dificultades para reconocer y compartir sus emociones, para comunicar miedo o afectos, y que para establecer vínculos íntimos sanos, esa alfabetización emocional, lejos de ser rasgo benigno, está en la raíz de innumerables problemas relacionales, como celos, incapacidad de compromiso, dependencia de la validación sexual o reacciones de ira desproporcionada ante el rechazo o el fracaso romántico.

La evidencia sociológica revisada a lo largo de este trabajo permite afirmar que esta limitación afectiva impuesta a los varones es en sí misma una forma de violencia estructural de género, internalizada como auto-restricción. No es exagerado llamarla discapacidad afectiva, pues priva a los hombres de una parte fundamental de la experiencia humana, la libre vivencia y expresión de lo emocional y de los deja mal equipados para la vida sexoafectiva. Por ello, deconstruir la masculinidad hegemónica no es sólo un imperativo ético y social, sino también una necesidad personal para los hombres, si es que aspiran a una vida emocionalmente plena y a relaciones genuinamente satisfactorias. (AHIGE Andalucía, 2024).

Abandonar el modelo tradicional de masculinidad, sin embargo, no es un proceso sencillo ni automático, requiere un cuestionamiento crítico y la adopción de nuevas formas de ser hombre. Afortunadamente, al cómo se ha analizado, están surgiendo y consolidándose referentes alternativos de masculinidad que muestran el camino a seguir, diversos colectivos, académicos y hasta políticas públicas en México están

promoviendo la construcción de una masculinidad empática, afectivamente libre y corresponsables.

Conceptos como el de nuevas masculinidades o masculinidades equitativas se han popularizado para designar a aquellos modos de ser hombre alejados del machismo y basados en la equidad de género. Estas nuevas masculinidades abogan por la empatía, es decir, la capacidad del hombre de reconocer las emociones propias y ajenas, y actuar con sensibilidad ante ellas y por la libertad afectiva, permitiéndose sentir y expresar ternura, vulnerabilidad, miedo o amor sin culpa ni vergüenza.

Igualmente, hacen hincapié en la corresponsabilidad y la solidaridad, el hombre ya no como el “jefe” de la relación, sino como un compañero en favor de equidad, dispuesto a compartir las responsabilidades y la iniciativa en la vida sexual y afectiva, e incluso la carga entra y emocional que conlleva sostener una relación. (Gobierno de México, s. f., 2025).

Los beneficios de transitar hacia este tipo de masculinidad son palpables en múltiples dimensiones. Socialmente, una masculinidad empática y respetuosa contribuye a disminuir la violencia de género y construir comunidades más justas y seguras, por ejemplo, hombres educados en la equidad, difícilmente verá aceptable el acoso callejero o la coerción, lo que redundará en entornos públicos más seguros para las mujeres.

Relacionalmente, los vínculos sexoafectivos se fortalecen cuando se basa en la comunicación abierta, el respeto mutuo y la reciprocidad; la confianza crece cuando ambos se sienten escuchados y valorados como semejantes y la resolución de conflictos se facilita al no estar mediado por juegos de poder o por el ego masculino herido. Personalmente, los hombres que se permiten ser afectivamente libres suelen experimentar una mejora en su bienestar psicológico, ya no tienen que esconder sus tristezas o dudas tras una máscara de invulnerabilidad, pueden

construir identidades más auténticas y disfrutar de conexiones más profundas y nutritivas.

Los resultados de esta investigación invitan, por tanto, a valorar las dinámicas sexoafectivas respetuosas y despatriarcalizadas como una horizontalidad posible y necesaria en la Ciudad de México contemporánea. En estas dinámicas horizontales invitan a que ninguna de las partes goce de privilegio automático por razones de género, por el contrario, se reconocen mutuamente como sujetos autónomos, con deseos y límites que merecen igual respeto.

El patriarcado, que durante siglos dictó guiones asimétricos (él propone, ella dispone; él domina, ella obedece) pierde terreno cuando hombre y mujeres, así como personas de diversas identidades de género optan por relaciones desde la corresponsabilidad sexoafectiva y la dignidad mutua. Esta conclusión subraya que despatriarcalizar las relaciones de “ligue” no solo es una aspiración teórica, sino una práctica emergente que ya tiene lugar en muchos círculos de la sociedad mexicana.

Al observar a relaciones sexoafectivas jóvenes que negocian acuerdos equitativos, a hombres que se definen abiertamente como feministas aliados y a mujeres que toman la iniciativa sin ser juzgadas, es posible visualizar un futuro donde la hegemonía de la vieja masculinidad sea cosa del pasado. Sin embargo, para que estas experiencias de vanguardia se vuelven norma general, se requiere un compromiso activo de la sociedad en su conjunto, es preciso educar desde la equidad en edades tempranas, visibilizar modelos positivos de hombres afectuosos y respetuosos, y seguir desenmascarando los micro y macro-machismos que aún persisten en nuestra cultura.

Campañas públicas recientes en la capital, como #NoEsDeHombres, orientada a desnormalizar el acoso sexual y a promover una masculinidad respetuosa, refleja que ya existe una iniciativa institucional por cambiar las cosas. (La Silla Rota, 2017) Además, colectivos de hombres en México y América Latina están trabajando en

red para compartir experiencias de reeducación emocional y desaprendizaje de la violencia, defendiendo precisamente “una masculinidad empática, respetuosa y con una visión horizontal” en nuestra sociedad. Tales esfuerzos refuerzan la idea de que la masculinidad no es un destino biológico inmutable, sino una construcción social e histórica que puede y debe reinventarse. (Laboratorio Social de Género y Masculinidades, 2024).

Como estudiante de sociología y también como mujer que ha sido parte de esta realidad estudiada, encuentro en estos resultados razones para el optimismo crítico. Optimismo, porque las grietas en el muro del patriarcado son visibles y se ensanchan generaciones tras generaciones; crítico, porque es evidente que, sin una reflexión profunda y continua, los viejos patrones tienden a reproducirse bajo nuevas apariencias.

La conclusión que emerge de este análisis invita a una reflexión personal y colectiva, las y los jóvenes de hoy estamos llamados a construir interacciones de “ligue” libres de las ataduras de género opresivas, a desaprender la inequidad aprendida y a relaciones de la empatía y el respeto. Ello implica un trabajo introspectivo de los hombres consigo mismos, cuestionando sus privilegios y sanando sus heridas emocionales, así como un diálogo honesto entre todas las identidades para pactar nuevas formas de convivencia afectiva.

La Ciudad de México, con su vibrante diversidad y su activismo social, es terreno fértil para estas transformaciones, ya hay suficientes ejemplos de relaciones y comunidades practicando la equidad como para afirmar que el cambio cultural es viable. Falta entonces profundizar y extender estas prácticas hasta que dejen de ser “alternativas” y se conviertan en sentido común. En última instancia, deconstruir la masculinidad hegemónica en las dinámicas de “ligue” no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar relaciones más equitativas, placenteras y humanas.

Es abrir la puerta a un futuro donde cada vínculo sexoafectivo esté libre de dominación y lleno de corresponsabilidad afectiva, donde ser hombre no implique dominar ni reprimir, sino conectar y comprender. Sólo así, mediante esta revolución íntima y cotidiana, podremos avanzar hacia una sociedad verdaderamente equitativa en el México contemporáneo.

Bibliografía:

1. AHIGE Andalucía (2024). La afectividad masculina: retos para una nueva educación emocional. Asociación de Hombres para la Igualdad de Género.
2. Alejandro Fernández (2003). Mátalas (Canción). En Niña amada mía (Álbum). Sony Music Latin.
3. Badinter, E. (1993). XY: La identidad masculina. Alianza Editorial.
4. Barragán, A. (2020). Informe sobre violencia de género en espacios públicos en México. Instituto Nacional de Estadísticas y Geografía (INEGI).
5. Butler, J. (1990) Gender trouble: Feminism and the subversion of identity. Routledge.
6. Café Tacuba. (1994). Ingrata (Canción). En Re (Álbum). Warner Music México.
7. Connell, R. W. (1987). Gender and power: Society, the person and sexual politics. Polity Press.
8. Connell, R. W. (1995). Masculinities. University of California Press.
9. Ed Maverick (2018). Fuentes de Ortiz (Canción). En Mix para llorar en tu cuarto (Álbum). Universal Music México.
10. Esteinou, R. (2016). Intimidación y amor romántico entre 1900 y 1950 en México: Discursos y normas. Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas, 24(68), 35-57
<https://www.redaluc.org/articulo.oa?d=351451683003>
11. Faludi, S. (1991). Backlash: The undeclared war against American women. Crown.
12. Faludi, S. (1999). Stiffed: The betrayal of the American man. HarperCollins.
13. Fonseca Hernández, C. (2005). Reflexionando sobre la construcción de la masculinidad en Occidente desde una postura crítica. Bajo el Volcán, 5(9), 135-155
<https://www.redalyc.org/pdf/286/28650908.pdf>
14. GENDES A.C. (2022). Hombres trabajando(se): Programa de reeducación en masculinidades equitativas. México.

15. Gobierno de México. (s.f). Masculinidades alternativas y equidades de género. Secretaría de Gobernación.. Recuperado en marzo de 2025 de <https://igualdad.gob.mx/masculinidades>
16. González Arribas, B.(2024). Nuevas masculinidades: Transformaciones y desafíos en la sociedad contemporánea. Editorial Siglo XXI.
17. Gramsci, A. (1971). Selections from the prison notebook. International Publishers.
18. Hooks, B. (2004) The will to change: Men, masculinity, and love. Washington Square Press.
19. Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). (2024). Memoria del Foro Masculinidades Equitativas: Avances y desafíos en la Ciudad de México.
20. Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES). (2017). Memoria del Foro Masculinidades Equitativas: Avances y desafíos de la Ciudad de México.
21. Kaufman, M. (1994). The paradox of men's power. En H. Brod & M. Kaufman (Eds.) Theorizing masculinities (59-74). Sage.
22. Kimmel, M. (1994). Masculinity as homophobia; Fear, shame, and silence in the construction of gender identity. En H. Brod & M. Kaufman (Eds.), Theorizing masculinities (119-141). Sage.
23. La Silla Rota. (2017, 10 de octubre) *#NoEsDeHombres*: campaña contra el acoso en el metro de la CDMX <https://lasillarota.com/metropoli/noesdehombres-campana-contra-el-acoso-en-el-metro/187672>
24. Laboratorio Social de Género y Masculinidades. (2024). Masculinidad empática y horizontal: Experiencias latinoamericanas. Observatorio de Género.
25. Los Tigres del Norte (1986). La puerta negra (Canción). En Ídolos del pueblo (Álbum). Fonovisa Records.
26. Martínez Velásquez, E. Y., Del Ángel Flores, N.I., Melchor Moreno, J. U., Martínez Sánchez, R., Villegas García, N., & Contreras Sánchez, F. (2020). Guía de nuevas masculinidades. Kalli Luz Marina A.C.

<https://kalliluzmarina.org/wp-content/uploads/2021/11/GUIA-NUEVAS-MASCULINIDADES-.pdf>

27. Memoria de Masculinidades del Congreso de la Ciudad de México. (2022). Masculinidades, equidad y derechos humanos: Reflexiones desde la función pública. Congreso de la Ciudad de México.
28. Milenio Digital. (2023). Masculinidad tradicional vs nuevas masculinidades: Análisis y perspectivas. Milenio.
29. Milenio Digital. (2024). Deconstrucción masculina: ¿Hacia dónde vamos? Milenio.
30. Morén Rodríguez, L. (2023). Acoso callejero en la Ciudad de México: De la normalización a la denuncia pública (Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México).
31. Naciones Unidas en México. (2024). Hombres para la equidad: Estrategias educativas y cambios culturales en la masculinidad. ONU Mujeres México.
32. Olguín Lacunza, M., & Sánchez, R. (2023). Erotismo, género y afectividad: Una historia de las prácticas del “ligue” en México. Fondo de Cultura Económica.
33. Ortiz, D.A (2021). El auge de los Pick-Up Artis en la Ciudad de México: Un análisis crítico. Newsweek en Español.
34. Paz, O. (1950). El laberinto de la soledad. Fondo de Cultura Económica.
35. Rocha, M. E. (1996). Los comportamientos amorosos en el noviazgo. 1870-1968: Historia de un proceso secular. Historias, 35,119- 139. <https://estudioshistoricos.inah.gob.mx>
36. Rojas-Solfa, J. L, & Flores Elvira, A. I (2023). El noviazgo y otros vínculos afectivos de la juventud mexicana en una sociedad con características posmodernas. Uaricha,10(23), 120-139. <https://revistauaricha.umich.mx>
37. Syntek, A. (1999). Sexo, pudor y lagrimas (Canción). En Sexo pudor y lágrimas (Banda sonora). EMI Music México.
38. Urieta, M. (1986). Juarez divinas (Canción). En Vivente Fernández: 15 grandes con el número uno (Álbum). Sony Music.